



77/1968599
LA VÍRGEN
DE LA LUZ. 9

LEYENDA TRADICIONAL 23522

POR

D. Eloy Abluso de la Barceua,

CURA PÁRROCO DE CAMBARCO

(Santander).

APROBADA POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA EN 1863.



BARCELONA.

IMPRESA DE LOS HEREDEROS DE LA V. PLA,
calle de la Princesa.— 1879.

DE LA JUNTA

LA VÍRGEN DE LA LUZ.

9

—
INVOCACION.
—

235222

A Tí, privilegiada criatura,
Superior á los ángeles del cielo,
Rinde hoy mi lengua terrenal é impura
Cántico humilde que ensayó en el suelo :
Sublime y bella, inmaculada y pura,
Risa del Querubin, del hombre anhelo,
Perdóname al juzgarme suficiente
Para cantar tu amor entre esta gente.

—
Voy á cantar tu aparicion, Maria,
De Peña-Sagra en la eminente altura,
Entre el silencio de la selva umbría
Y del inculto monte en la espesura,
A la Zagala triste que plañía
Su desconsuelo horrible y desventura,
Implorando tu ayuda de consuelo,
De hinojos puesta y con la vista al cielo.

—
Oh Tú, del Sumo Sér el instrumento,
De las gracias feliz dispensadora,
Embote del airado firmamento,
Rémora de venganza asoladora,
Consuelo de afligidos, el aliento

R. 3914591



Del alma atribulada y pecadora,
El terror del infierno y la alegría
Del Paraiso y Luz del alma mia.

Madre sin par de celestial decoro,
Cuanto mas te contemplo, eres mas bella ;
Arca de Noé, Propiciatorio de oro,
Zarza encendida, de Jacob la Estrella ;
Yo te bendigo, porque fiel te adoro,
Tus pasos sigo porque sois mi huella,
Bebo tu aliento porque sois mi brisa,
Tus ojos miro con feliz sonrisa.

Mas fúlgida que el sol miro tu frente,
Que eleva y que suspende mis sentidos,
Y tu cabello en hélices pendiente
Como un mar de oro baña tus vestidos.
Tú de las gracias la perenne fuente
Y de amor, haz acento en mis oidos :
Llévame á guarecerme bajo tu manto,
Mientras tu Aparicion al mundo canto.

Despues de Dios tu santidad brillando,
No se encuentra otra Luz mas esplendente ;
Las virtudes tu Corte están formando,
Los cielos tu dosel omnipotente ;
Por Reina todo sér te está aclamando,
Por Hija, Esposa y Madre el Prepotente ;
Suspirada en el mundo y bendecida,
Sé pues mi Luz, mi amor, mi bien, mi vida.

RÁPIDA DESCRIPCION DEL PAÍS DE LIÉBANA.

Tiene un rincon la Cántabra Montaña
De enriscados y excelsos murallones,
Rico de glorias, cuya fuerte entraña
Contrarestó de Roma las legiones.
Llamóse á tal rincon «la Chica España.»
Sepultaron sus peñas los pendones
Del árabe espantado; y su arrogancia
Burló las fuerzas del poder de Francia.

Provincia ilustre, sí; pero escondida
Entre montes y riscos colosales,
Que le hacen en redor fortalecida
A crudas guerras y aun á extraños males;
En cuatro vallecitos dividida,
Que cayendo hácia el centro casi iguales,
Forman una gran cruz á cuatro vientos
Esmaltada de humanos aposentos.

Liébana á Santander tiene al Oriente;
Al Septentrion á Oviedo; al Mediodía
Los Campos de Castilla, y á Occidente
El reino de Leon; y en sí armonía:
Su panorama hermoso es sorprendente
Por entre riscos al abrirse el dia;

Y sus hebras el sol lanzando de oro,
Prodiga hasta en los bosques su tesoro.

El corazon de las Asturias leo
En el pais de Liébana frondoso ;
No puede codiciar mortal deseo
Otro mas pintoresco y mas hermoso ;
Los árboles susurran al meneo
De un aire siempre fresco y aromoso ;
Hienden el pais en valles peregrinos
Mil y mas arroyuelos cristalinos.

Un círculo aquí forman las montañas
Que de Liébana encierran los jardines,
Donde hay frutas riquísimas y extrañas,
Varias flores, violetas y jazmines ;
Pueblos que presenciaron las hazañas
De la cruz de Pelayo ; y los confines
De su corto horizonte asilo fueron
De españoles que en él se guarecieron.

Quien no haya visto cuanto bueno encierra
Este rico verjel maravilloso,
Nobleza, antigüedad, virtud y guerra,
De redencion el símbolo precioso ;
Quien no haya visto de la Sacra-sierra
De paisajes al genio, caprichoso,
Y á la *Virgen de Luz* en la montaña,
El encanto mayor no vió de España.

LA TEMPESTAD.

Densos nublados con furor se agrupan
Del aire en la region,
Y el azulado firmamento ocupan
En torva confusion.

Lentos resbalan, mézclanse y se ensanchan,
Y arrástranse en monton,
Y el puro azul de nuestro suelo manchan
En hórrido escuadron.

Y cerniendo el espacio de tinieblas,
Presagian tempestad
Esas informes y gigantes nieblas
Que infunden miedo yá.

Nada los ojos ven de alegre cielo,
Que hay nubes por do quier ;
Y nada se oye, y se oscurece el suelo,
Cual si perdiera el sér.

De los astros el Rey se nos oculta
La tarde al declinar ;
Y la tormenta bochornosa abulta
Su tenebrosa faz.

Manto de plomo es, que al cuerpo enerva,
El aire abrumador ;
Nubla de polvo la ventisca torva

Soplando con furor.

Barre la tierra huracanado viento,
Relámpago fugaz
Cruza culebreando en un momento
Do vá la tempestad.

Ronco trueno retumba espatarrado
Que al mundo hace temblar ;
Gruesas gotas desprende ya el nublado
El rayo al estallar.

El huracan furioso zumba horrible,
De piedra arrastra un mar ;
Y de rayos orlada va terrible
La negra tempestad.

¿ Tal vez con sus secuaces, cabalgando
Sobre ella va Luzbel,
O planes destructores maquinando
Las nubes van tras él?...

Los truenos formidables me recuerdan
El drama en Sinaí ;
O las fuentes de cólera que pierdan
Otra Sodoma aquí.

¿ Quién sabe la catástrofe que anuncia
La tempestad veloz ?
Si es la cólera santa que denuncia
Al mundo con su voz?...

LA ZAGALA.

Hórridos cruzan los vientos
Y allá sus batallas traban,
Y al encontrarse retumban
Y chispas al choque lanzan.
Entoldan los nubarrones
La atmósfera con sus alas ;
La tempestad se columpia
Y aborta torrentes de agua.
Y sigue á la chispa el trueno,
Y al trueno otro rayo alcanza,
Y relámpagos y truenos
Ciernen el granizo entre agua.
Conmueve á la tierra el trueno,
Quedan las alturas blancas,
Que fuertes pedriscos vierten
Del cielo las cataratas.

Seguro albergue las aves
Buscaron entre las ramas,
Y con perezosos bueyes
Corrió el labrador á casa.

Sola llorando en los bosques
De lo alto de Peña-Sagra,
Bajo el espeso ramaje
De unas corpulentas hayas,
Está triste una Pastora
Al cielo alzando plegarias,

Viéndose allí ya de noche
Con los rayos consternada,
Y á quien la ciega tormenta
Desparramó su manada.

Y la tempestad no cede ;
Tendió la noche su capa ;
Y traspasada de frio
Está la triste Zagala
Con el codo fijo al tronco
De una vigorosa haya,
Fija la mano en las sienes
Y sobre el césped sentada,
Por sus ovejas clamando,
Y acordándose de casa...

El miedo embarga sus ayes ;
Ya de frio traspasada,
Ni del desierto se aflige,
Ni por sus ovejas clama,
Ni de hacer lumbre se cura,
Ni de hacer cruces se cansa
Cuando el relámpago brilla
Y la estremece, y la espanta
El ronco trueno, y prorrumpe
Con devocion : ¡ Santa Bárbara !...

Llena de pavor y miedo
Está la pobre muchacha ;
Y harta de llorar, no llora,

Y ya de gemir se cansa,
Y de miedo el ¡ ay ! reprime
Que del corazon arranca.

Ya vuelve en sí y ojerosa
Dirige en torno miradas ;
Y á lo que mira no vé
Ni lo que registra halla ;
Y convulsiva prosigue
Atormentándose el alma.

Aniezo está muy distante ;
Peligrosa la bajada :
¿ Quién va á salir á su encuentro
Si la tormenta no amansa ?...

¡ Ay !... allí blanco de la ira
Que oscuro el cielo descarga,
Sin quien oiga sus clamores,
Tan solo la muerte aguarda.

En tan triste desconsuelo
Sus culpas todas repasa,
Y al cielo perdon le pide
Llorando con pena tanta,
Que promete por sus yerros
Hacer vida solitaria...
Y llena de fe á la Virgen
La habló con toda su alma :

« Dame Luz, Virgen Maria ;
Y ampárame, Virgen santa ;
¿ No te duelen mis clamores ?
¿ No te afligen mis desgracias ?
Mírame sola y de noche
De Peña-Sagra en la falda,
De miedo y de frio temblando,
Y de temores cercada,
Al brillo de tantos rayos
Y tantos truenos que espantan,
Y tanta piedra que arrojan
Las nubes amontonadas,
Sin que ni á bajar me atreva
Al pueblo por la distancia
Y el peligroso sendero
Y la noche tan cerrada,
Y ¿ cómo yo presentarme
Sin las ovejas en casa ?... »

A este tiempo, por la cresta
Mas alta de Peña-Sagra,
Cruzó culebreando un rayo
Y traspasó la montaña,
Y tras él un formidable
Trueno en toda la comarca.

« ¡ Favor ! piedad !... Madre mia,
¡ Ay qué rayo !... ¡ Santa Bárbara !...
Si sois mi madre, ¡ ó María !...
Ampárame, Virgen santa. »

LA BONANZA.— EL MISTERIO.— LA APARICION.

Enrareciendo se fueron
Las nubes lóbregas, cárdenas ;
Y por los picos de Europa
Algunos astros brillaban.

Una nube ardiendo en fuego,
Con detonacion extraña
Lentamente sobre el monte
De Peña-Sagra posaba ;
Nube que á Liébana alumbra
Como fanal en la playa,
Como la aurora en Oriente
Tras la deshecha borrasca,
Y cien pueblos contemplaron
Sin cansarse de mirarla.
Nube celestial, sin duda,
Que cual Iris de bonanza
A la Zagala consuelas
Como el rosicler del alba.
Globo encendido, ¿qué escondes
Que á todos así entusiasmas?

Tambien la triste Pastora
Gozábase en contemplarla,

Y en éxtasis delicioso,
Que su temor ahuyentaba,
Se figuró oír dulcísima
Una armonía tan grata
Que Serafines ó Arcángeles
Pudieran solo ensayarla.

ORQUESTA.

«¿No ves, Pastora humilde, la nube perfumada
Que el resplandor del astro mas fúlgido te dá?
Recibe de Maria la maternal mirada,
Que es todo un Paraiso, donde el consuelo está.»

«¿No ves, Pastora humilde, el faro de esperanza
Que alumbra en las borrascas del náufrago mortal?
Acércate, Pastora, y ante su trono avanza,
La nube que te alumbra disipará tu mal.»

«Si negro el mundo un día, cual hoy se oscureciese,
Y airado siempre el cielo por tanta ingratitud
A las Naciones todas con luchas afligiese
Sin ver de paz siquiera ni la mas leve luz,

En medio sus desgracias, sus yerros y aflicciones
Acudan compungidas al que murió en la Cruz;
Y al Iris de la dicha verán los corazones
Y del delirio el sueño sacudirá la Luz.»

La Pastora escuchaba ;
Y remiraba en el alzado monte
La Nube, que doraba
El cárdeno horizonte ;
Y en el bosque el fulgor reverberando,
Un lienzo de esmeralda iba pintando.

Mas cada vez la Nube relucia
Y hácia ella se acercaba,
Y el valle resonaba
Y el bosque repetía
La orquesta del Querube
Desprendida agradable de la Nube.

Entonces la Pastora en sí volviendo,
Con la nocturna música divina
Grande gozo sintiendo,
Con su voz argentina,
De hinojos en la yerba húmeda y fria,
Sin recordarse ya de su ganado,
En la grama el cayado,
A la Nube mirando así decia :

« ¡ Nube de bendicion ! Nube dorada,
Columna del erial,
Alúmbrame en la noche encapotada,
Defiéndeme de mal.
Conozco en esa nube la que al cielo
Gloriosa te encumbró ;
Y aunque vuelves envuelta en ese velo,
Te reconozco yo.
Ven, Virgen mia, tocaré tu manto,

Asilo de quietud,
Yo me prosterno ante tu rostro santo,
Señora de la Luz.
Sed de mi vida sér ; siempre mi guia ;
Fanal de mi razon ;
De mis ojos la luz ; del alma mia
Iman de devocion.
Yo contaré tu Aparicion gloriosa
A mí en la soledad,
Y Peña-Sagra mostrará una rosa
De rica suavidad ;
Y á Liébana dichosa ante tu planta
Postrarse la verás ;
Y tal favor á mi mortal garganta
Cantar escucharás.

Mas ¡ ay ! que de esa nube deliciosa
Un misterio tal vez se halle escondido
En su centro de nacar y de rosa,
Segun ese cantar jamás oido.
Si es solo esa lumbrera misteriosa
Para que junte mi lanar perdido,
Voy á juntarlo ¡ ó Dios !... y yo mañana
Adoraré tu lumbrera soberana.

Y gracias te daré de agradecida ;
Y mientras vuelva aquí con el ganado,
Recordaré la tempestad temida
Y lo tremendo de tu acento airado ;
Y esa Nube fulgente en que escondida

Un alma angelical ha resonado,
En cuyos himnos con placer me miro
Y ébria de amor por abrazarla aspiró.»

Y de hinojos se alzó; tomó el cayado,
Y en busca del ganado
La indecisa Pastora
Ya tomaba del monte la ladera,
Cuando nota de pronto reverbera
Luz mas brillante que antes; y tornando
Su vista, á una Señora...
Por entre unos arbustos vió paseando.

Prosternóse al momento la Pastora
Ante la aparición maravillosa,
Que en rica forma de gentil Señora
La soledad paseaba majestuosa.

El rostro de la Madre la enamora,
Y el Niño á quien estrecha con ternura,
Es todo un sol, que al sol en hermosura,
En brillantez y en luces descolora.

— «NO TEMAS,» acercándose le dijo
A la Zagala fiel, que arrodillada
Gozábase encantada
Viendo el divino rostro de su Hijo,
A la Madre esperando,
Un acento á decirla no acertando.

Mas ella, sin embargo, conocia
Que tan grande portento de hermosura
Ser otra en aquel monte no podia
Que la fenomenal, bella criatura
Que Dios tomó para nacer, MARIA ;
Y que aquel bello Infante
Que contra el casto seno acariciaba,
Era el Dios-Niño que tambien bajaba
A mostrar su semblante
De amor á toda pobre criatura,
Derramando tesoros de ventura.

Entonces y antes, de elocuencia santa
Henchida la Pastora,
Inspirada y humilde ante su planta,
Así habló enternecida á tal Señora :

«Soy niña ; ya lo veis : mis tiernos años
Escudad ; dirigid sin que se tuerzan
Al soplo de las brisas seductoras
Que con caprichos á inexpertos ciegan.
No me dejes gustar la amarga copa
En dias de afliccion ; haced que beba
Tus célicas virtudes y te adore,
Embeleso de Dios, del Cielo Reina.
Mi consuelo eres Tú ; ; no me abandones ;
Mi seno abriga la emocion mas tierna
Del afecto filial, y os le consagro
Desde hoy ; amaros, cuanto soy, quisiera.
Recibe, pues, de mi alma las primicias

Y cobija en tu manto mi flaqueza,
Y escúdame de alegres enemigos
Que inquietos en redor de mí revuelan
Cual officiosa abeja en flor temprana,
O cual leon en torno de su presa.
¿Cómo yo te diré cuanto te quiero?
¿Cómo corresponder á tus finezas?...
¡Cielo! ¿y no me hablas? y si Tú no me oyes,
¿Quién que me escuche en tanto afan me queda?...
Las ráfagas vendrán, y á sus embates
Yo, sin tu apoyo, rendiré la prenda
De mas valor y me abriré la tumba
En las entrañas de la madre tierra.
A vuestras plantas balbuceando acudo;
Muestra que eres mi madre: ¿no me encuentras
Embargada la voz?... pues solo espero
Que desate mi voz tu voz excelsa.
¿Cómo yo en el lenguaje de los bosques
Te diré cuanto te amo? Deja, deja
Que mis labios apuren dándoos besos
El amor, que palabras nunca expresan.»

— «Nada menos importa; no me extraña
Que en el lenguaje rudo de montaña
Así me hables hoy día.
Tu madre soy: ¿del cielo bajaría
Si hija mia no fueses? y clamases,
Y sin madre en el mundo te quedases?...
Desde el Empíreo, donde Reina habito
De todo lo creado,

Observándote he estado
Y oí tus preces y escuché tu grito :
Aplaudo con tu fe tu confianza ;
En recompensa quiero
Regalarte mi Imágen verdadera.

Quien ore ante ella con piedad sincera,
Al universo entero
Podrá aliviar sumido en la desgracia.
Liébana es pueblo pio
Que mi bondad alcanza ;
Y aquí mi Imágen será siempre un rio
Que derrame torrentes de bonanza. »

Embriagada quedaba
La Pastora obediente y siempre atenta
A cuanto la decia :
Como estatua al cincel se contemplaba,
Como artista hasta ver que disponia
De la pobre Zagala, á quien hablaba
La Reina de los Angeles, MARIA.

— «Yo Madre de la Ciencia
Te enseñaré á vivir. ¿Ves esta llama ?
Es la Luz de la Ciencia, que derrama
Mi excesiva bondad á tu indigencia. »

«¿Ves, hija, el torpe vuelo
De ese buho fatídico y siniestro
Que osa volar y se desprende al suelo?...
(Así la ciencia es, sin buen maestro).

Del error es el genio, nunca bueno :
Es la ignorancia ; el ave que orgullosa,
Por ser divina, se revuelca en cieno.
Pueblo desamparado
Por mí, si alguna tentativa emprende,
Al momento desciende
En ignorante buho transformado.
Donde yo me entronizo
La ignorancia se esconde avergonzada ;
Donde la Luz yo izo,
Del error la malicia es aplastada :
Y huye torpe y medrosa
De Libia á los incultos arenales,
Y en el tostado Etiope y Agareno
Inocula furiosa
Mas dósis de veneno,
Sembrando el campo de mayores males.

«Vete, da parte al cura
De que en prenda de amor, por serme grato
Ser adorada aquí, la siempre Pura
Os regala finísimo su retrato
Que en esta rambla dejaré escondido.

«Cuéntale cuanto has visto y has oído,
Y que quiero con él su pueblo venga
A tomar mi retrato, que os dejo
De maternal cariño dulce prenda :
Y que en el sitio donde se halle, se alce
Una capilla y se coloque en ella

La Imágen mia de la Luz hermosa
Que á mis ruegos os dá la alta Clemencia.
Pastorcilla, camina y vuelve pronto,
Que aquí mismo hallarás tus ovejuelas.»

— «Tal vez, Madre de amor, Reina del cielo,
El Párroco y mi pueblo no me crean...»

— «Por la cruz que ahora grabo yo en tu frente
El Cura te creerá; no te detengas... (1)

Y la Pastora en pié se puso al punto,
No sin antes besar la planta bella
De su querida y adorada Madre,
Reina que tiene por alfombra estrellas.

(1) «En la frágosa montaña,
Que Peña-Sagra es ahora,
A una cándida Pastora
Hablásteis en su cabaña;
Y pues con Luz tan extraña
Se alivió su desconsuelo,
— Dadnos Luz, Vírgen piadosa,
Guiándonos para el cielo.

«En la frente le esculpísteis
Una cruz del dedo al tacto,
Y en ella retrato exacto
Estaba de Vos, dijísteis:
Y pues de ella os despedísteis,
Dejando en tiniebla el suelo,
— Dadnos Luz, etc.

(De los versos originales que se cantan á la Vírgen; y que se hallan en el archivo de la iglesia parroquial de Aniezo.)

VAL-DE-ANIEZO Y LA BUENA NUEVA.

En el pais de Liébana se anida
Aniezo, aldea oscura,
De hayas y robles en redor ceñida,
Y entre dos altas lomas guarecida
Percibe de un arroyo la frescura.

En tan triste recinto el Cura anciano
De noble aspecto y locucion cascada
Su morada pacífica tenia
En la que al Soberano,
Verle cuanto antes, con fervor pedia.

Justísimo, intachable,
Del vulgo criticon siempre apartado,
Para todos amable,
De virtud el dechado,
Era de todos por do quier loado.

Cuando el siglo placeres
Buscaba ciego con febril locura,
Él sus santos deberes
Llenaba con fe pura,
Ilustrando á su grey en la ventura.

Si penas enervaban
Su espíritu en memorias embebido,
Y fieles le buscaban,
Jamás enlutecido,

Siempre su rostro sin variar miraban,
A no ser contemplando á un desvalido.

Y ha treinta años que vive resignado
De este Valle angostísimo en la Aldea,
Cual un anacoreta, dedicado
Al servicio del gremio encomendado,
Siempre aumentando su pasion entéa.

Algun reciennacido
Renaciendo en las aguas de la gracia ;
Algun arrepentido
Acogiendo el perdon del Juez severo ;
Hasta la tumba acompañando ahora
El cadáver de un fiel... Él el primero
En socorrer al triste jornalero,
En amparar al que cayó en desgracia,
En auxiliar á todo codicioso,
Cuando su plan es bueno y generoso.
Él, do hace falta, siempre está, y no hay nada
De mas gusto para él que á todas horas
Recibir unas lágrimas deudoras,
Prestar gracias al alma desgraciada.

Que en su mision divina
Ministro fiel la Religion comprende,
Los males vaticina
Y á la sana moral su grey inclina,
Y puro el dogma con valor defiende.

La mision mas sublime
Ejerce con esmero y reverencia
Para que el pueblo con piedad la estime ;
Y destruye la frívola creencia

Que el vulgo necio con amor se imprime.

Y no se cansa en corregir pasiones
Con suave mano, delicada y llena
De prudencia y mesura ; en ocasiones
Cerrando el cielo de los altos dones
Al contumaz en la fatal gangrena.

Y allí del moribundo junto al lecho
Es el hombre de Dios mas excelente ;
Y al ; ay ! del triste agonizante pecho
El amor del Señor, para provecho,
Hace al que espira, con la cruz patente.

Y á pesar de su mísera indigencia,
Llama á comer con él cuantos mendigos
Viven en su parroquia á la inclemencia ;
Y llora tanto lujo y opulencia
De la pobreza y hambre enemigos.

Al toque de oracion del campanario,
Respirando del campo el aire suave,
Alguna que otra vez con el Breviario
Se le vé pasear con paso grave :
Sagrada poesía
Se detiene á leer de vez en cuando ;
Ya eleva al cielo una mirada pía,
Ya sigue meditando, —
Mientras la noche umbría
Viene de estrellas el azul poblando.

Pensativo contempla el cementerio,
Y á su cuerpo designa sepultura ;
Y con semblante sério
Al mundo tiende con desden y horrura

Una pronta mirada de amargura.

Este es el Cura, que en tan fausto día
Celeste inspiración había sentido
De encontrar un tesoro de alegría
Para su pueblo por demás querido.

Ya de noche, pasada la tormenta,
Sentado en su aposento,
Los años pobres de su vida cuenta
Con un libro en la mano ;
Y eleva al Soberano
Una tierna plegaria de contento,
Diciéndole : « Señor, yo el mas indigno
De los Ministros que á tu altar llamaste,
De hallar tan rico don no me creo digno ;
Mas ya que así me hablaste,
Miren luego mis ojos tal ventura
Antes que bajen á la tumba oscura. »

Aquí llegaba... cuando,
En la puerta dos golpes resonando,
Se alzó y se dirigió hácia la escalera ;
Y desde allí ¿ quién llama ? preguntando,
Al oír la respuesta, vió quien era.

Y era aquella Pastora
Que la Reina del cielo dirigia
A revelar le la dichosa hora
En que el feliz tesoro encontraría.

Y respirando por cobrar aliento,

Y llorando de gozo y de contento,
La Pastora temblaba,
Y á contarle el mensaje no acertaba
De parte de Maria ;
Y apenas recobrada le decia :

De Peña-Sagra vengo, señor Cura,
A estas horas, mojada y sin ovejas,
Que todas por el bosque se extraviaron
Al espantoso son de la tormenta :
Yo al fulgor de relámpagos continuos,
Hallándome allí, sola en tan deshecha
Tempestad, creí morirme en el instante
Bajo un diluvio de robusta piedra.
Acongojada, inmóvil, tiritando,
Dando suspiros, exhalando penas,
A cada rayo que cruzaba el aire,
Se me helaba la sangre de las venas.
Las copas de los árboles silbaban,
Cañas el viento desgajaba enteras,
Sonó la tempestad y de granizo
Se cubrieron las altas cordilleras.
Envuelta en sombras la terrible noche,
Sin astros para mí, del miedo presa,
Sola y temblando las rodillas doblo,
Y el miedo al cielo ni invocar me deja.

Rogué á la Virgen con ferviente lloro ;
Clamé perdon con devocion sincera,
Y prometí al Señor por mis pecados
Abrazarme á la vida anacoreta.

Entonces ví una nube ardiendo en fuego,
Cual los celajes de la aurora bella
Cuando sale con tocas carmesíes
Y cuando esparce sus doradas hebras,
Que iluminando el monte, la distancia
Acorta, y agrandándose se acerca.

¡ Ay!... yo ni el aire respirar podía,
Y mi garganta enmudecida y seca
Solo al ¡ ay!... de pavor daba salida ;
Pues que ya estaba á sucumbir dispuesta,
Cuando divina música á mi oído
Sonó agradable entre la Nube encesa
Que iluminaba como el sol del día
Del hondo valle á la empinada sierra.
Vibraba el aire los acentos dulces,
Mezclaba el aura suave tiernas quejas,
Murmuraban los turbios arroyuelos
Y balaba el ganado por las selvas.
Yo ciega ante la Nube y como en sueños
Escuché un himno de armonía perfecta,
Que para mí tan solo le ensayaban
Los ángeles en múltiples cadencias.

—
Yo escuchaba sonidos celestiales,
Palabras de tan mágica armonía,
Cuyos ecos dulcísimos é iguales
En medio de sus cantos inmortales,
Enlazaban el nombre de MARIA.

—
Me embargaba tan mística dulzura,

Y escuchando tan tierna poesía,
Ví del mundo la lid y su locura,
Y entre la auréola sonreír veía
El Iris de la paz y la ventura.

Respiré entonces, con placer mirando
El Iris fiel entre la Nube santa,
Largos momentos indecisa estando,
En que temblaba sin querer mi planta
Dispuesta ya mis reses á ir juntando.

Mas al dar pocos pasos yo notaba
Que la Luz cada vez era mas pura ;
Y ya el rostro á la Nube retornaba,
Cuando ví que otra LUZ se me acercaba
De extraño resplandor, de hermosa hechura.

La tal era una Vírgen majestuosa
De sobrehumana y celestial belleza,
Doncella toda angelical de hermosa,
Que á no ser del Supremo Sér Esposa,
No se diera mujer de mas pureza.

Dos soles eran sus amantes ojos ;
Su frente un mundo de oro de confianza ;
Sus labios de coral dulce bonanza :
Yo que la ví me prosterné de hinojos
Inundada de gozo y de esperanza.

No es decible, señor, con el Dios Niño

Como la ví y me habló, yo retratarla:
Barro es mi lengua para tanta gloria,
Cieno mi labio para gloria tanta ;
Pues ni los flecos de la blanca aurora,
Ni mundos de zafir y de esmeralda,
Ni el capullo entreabierto de las flores,
Ni el sueño de oro que nos pinta el alma,
Ni el amor salpicado de ilusiones,
Ni del tiempo la dicha en esperanza,
Ni los locos proyectos que forjamos,
Ni el trino que las aves nos regalan,
Son ni una sombra ni un remedo pobre
Del placer indecible que mi alma
Recibió al contemplar tal hermosura
De Luz tan bella y rutilante orlada.

Cuando ví descender tal hermosura
Mas que los astros y la nieve pura
Y mas resplandeciente
Que las doradas puertas del Oriente
Por donde asoma el día...
¡ Cuán bella á mí se presentó Maria !...

Su rostro pudoroso
Y afable sin segundo,
Risa del cielo y júbilo del mundo ;
De su mirar hermoso
La vista penetrante,
Tierna siempre y amante ;
Talle noble y gentil cual la palmera ;
Vestido carmesí con astros de oro,

Manto celeste y blanco cual la nieve
Del Andra gigantesca y altanera :
Su virginal decoro
En todo su ademan : apenas mueve
El pié de nácar, que aplastó la frente
De la astuta serpiente,
Calzado por la luna ;
Rodeada toda Ella
De un vivo resplandor... Si es que hay fortuna,
Mientras acá vivimos,
En su cándida huella,
Al verla tal, cual es, solo sentimos.
Su hermosa cabellera
De estrellas la diadema circundaba,
Y el cetro de rubís que reverbera
En su mano rosada
Me anunció ser la Emperatriz del cielo,
Y ante la gran Mujer postréme al suelo.

Hermoso panorama
Contribuía á darle misterioso,
Mágico, encantador y delicioso
Un aspecto indecible,
Un esplendor divino, que imposible
Es al hombre explicar : el Sagra ardia
Con la pura presencia de Maria.

¡ Maria ! talisman que infunde al verla
De dulce fuego la pasión sagrada :
Resorte de las almas abatidas,
El sol irresistible de las almas,

¡ Ay!... Sin su amor ¿qué fuera el pecho mio
Que alegre se derrite á su mirada?
Luto y dolor y pena, erial desierto,
Cadáver vivo y bullidora estatua.
Yo la amo, sí, y en el retrete pobre
De lo mas afectuoso de mi alma
Un altar levanté, y en él su imágen
Es el Norte á do marchan mis plegarias.

O imágen de la Luz, dájela entonces,
Luz que enciendes á todo Peña-Sagra,
Y elevas pura á la region del cielo,
Solo al pensar en Vos, nuestra mirada;
Y el corazon, á la virtud dormido,
Despiertas, al mirar las tibias almas
Que á los terrenos bienes se suscriben
O en su efímera dicha se aclimatan.
Guíame, Vírgen, Tú; mis piés dirige,
Guíe mi corazon tu ardiente llama,
Perciban mis entrañas las dulzuras
Que de ese foco imperturbable emana,
Y en mi seno se anide el bien que sueño,
Morando en él tus relevantes gracias.
Tu Luz sonria el porvenir que espero,
Mi fe avive tu estrella nacarada,
Verted en mí el tesoro de las Luces,
Mientras tu Aparicion mi labio canta.

«Tu aparicion mas bella que blanquecina nube
Cuando la aurora sube por montes de carmin,

Mas grata que las aguas de límpida corriente,
Mas linda que la frente de ardiente Querubin,

Mas bella y mas hermosa que la plateada luna
Dorando la laguna con claro resplandor,
Mas bella que lo bello que finge nuestra mente
Y hermosa mas que el oro, las perlas y la flor.

Emperatriz augusta del alto firmamento,
Prestadme esa arpa régia que canta á su Señor,
O dame de tus labios el melodioso acento,
O cédeme la lengua del dulce ruiñeñor.

Tú, á cuyo acento brota la hermosa primavera,
Y á cuyo soplo ondulan las plantas en abril,
Y con variadas flores recamas la pradera
Y al céfiro le mandas las abra mil á mil ;

Tú, cuya faz celeste el Universo adora,
A cuyo manto acude lloroso el pecador ;
Del Hacedor de todo dichosa engendradora,
Precioso Relicario de nuestro Redentor ;

Tú, imágen verdadera de la Virtud suprema,
Altar privilegiado del templo de Israel,
Mil gracias y carismas esmaltan tu diadema,
Del alto Paraiso magnífico verjel ;

Tú, Luz, mas que la aurora, que ahuyenta las tinieblas,
La luna es tu calzado, y te corona el sol,

Alumbra con tus ojos de mi razon las nieblas,
Incendia con tu vista mi tibio corazon.

Esto la iba diciendo, cuando Ella,
Con una voz que á comparar no se halla,
Me dijo : « Hija, no temas : escondida
Mi Imágen hallaréis á la mañana :
Véte, y dí al Cura del lugar de Aniezo,
Que mañana hácia el medio de esta rambla
Encontrará el retrato que por prenda
De afecto os da la Vírgen soberana ;
Y cuéntale tambien cuanto tú has visto
Y cuanto te ha pasado en Peña-Sagra.
Y que quiero con él sus feligreses
Suban á recibir mi Imágen santa,
Y que donde se encuentre, erijan luego
Una capilla...

EL CURA.— « Calla, loca, calla :

Precisamente sueñas ó has soñado,
O el miedo que pasaste en la montaña
Te hizo ver esa imágen ilusoria...

PASTORA.—No hay miedo ni ilusion. (¡ Madre sin mancha!

Por sueño toman cuanto Tú me has dicho :

Haz ver al señor Cura que se engaña.)

—Créame V., señor; la Cruz que traigo

Por la Madre de Dios aquí grabada

En la frente, atestigua que es bien cierta

Su aparicion gloriosa en Peña-Sagra...

(Y era cierto. Cual fósforo en tinieblas

Frotado, luz en cruz su frente daba ;
Y el Cura como absorto lo veía
Y la estancia algun tanto iluminaba,
Como de luz el gusanillo apenas
Alumbra grande espacio entre la grama.)

EL CURA.—«Feliz Pastora : tú, como ninguna,
En esta tierra pobre, afortunada,
Si mereciste ver de Dios la Esposa
Y adorar á la Madre Inmaculada.»

PASTORA.—Y para que me crea V. en todo,
Sola vuelvo á buscar mi grey llorada,
Que, segun la promesa de la Virgen,
Reunida ya me la tendrá en la rambla.
Y mire V. además ya enjuta y seca
Mi ropa que entró aqui empapada en agua.

Señor Cura, con Dios; que es tal mi anhelo
Por volver á mirar la excelsa frente
De la gloriosa Emperatriz del cielo,
Que parece que vivo en desconsuelo,
Al contemplarme de tal dicha ausente.

Salga V.: salga pronto, señor Cura,
Y verá cuanto he dicho confirmado.
¿No divisa V. bien allá en la altura,
Tras ese monte altivo y empinado,
El vivo campo de su lumbre pura?

EL CURA.—¿Y allí tienes tan alto tu ganado?

PASTORA.—Allí espero que esté ya reunido

Por la Bella que á V. me ha remitido.

EL CURA.—Pues anda, vé; y la dices de mi parte,
Que mañana al rayar la blanca aurora
Subiré con el pueblo sin demora
A recibir tan singular baluarte:
Y dale gracias por ventura tanta,
E inclínate á sus piés en nombre mio,
Besa con humildad su pura planta,
Y afirmala, mañana el pueblo pio
Adorará su Imágen sacrosanta.



EL DESCONSUELO.

Partió la Pastora alegre
Con la mas firme esperanza
De volver á entusiasmarse
Con la Virgen de las gracias.
Iba subiendo las cuestas,
Mirando la nube extraña
Que en franjas de azul y de oro
Semejábase á una llama.
Y ya acertaba con aire
La última loma escarpada,
Sintiendo tardar en ver
A la que oír esperaba
Palabras mil de ventura
Para su cándida alma.
Por fin llegó la Pastora
Donde la Nube y manada
Que permanecía suspensa
Bajo las gigantes hayas ;
Y mirandó en derredor
Exclamó apesadumbrada :
«Ya estoy aquí, Madre mia,
La de la invencible planta :
Fiel he cumplido tu encargo
Y he vuelto á Vos, Virgen santa ;
Y un año se me figura

Que no veo vuestra cara.
Sí: mas de un año se me hace
Que partí de Peña-Sagra:
Mirarte solo es mi gloria,
No verte es pena y ¡qué amarga !...
Deja que te vean mis ojos ;
¡ O Madre ! premia mis ansias...
(Pero á la Virgen no viendo,
Prosigue así atribulada):
« Ya he dicho al Cura de Aniezo
Cuanto he visto entre estas hayas,
Cuanto Vos me encomendásteis
Y cuanto quereis que se haga :
Y os doy gracias por mí misma,
Y el Cura os envia las gracias,
Y me dijo que en su nombre
Besara yo vuestras plantas,
Y os dijera que su pueblo
Mañana muy de mañana
Subirá á ver la Imágen
Que nos das en Peña-Sagra.»

Y aquí la feliz Pastora,
Que á que la conteste aguarda,
Muy pensativa se queda
Y en ilusion grande se halla,
Y á resolver no se atreve,
Ni osa el menear su planta,
Y tiembla, vacila y teme,
Y mira á la Nube santa,

Y si gozando la mira,
Temiendo ya no la halla,
Y la fascina, y sus ojos
Se abaten, limpia las lágrimas,
Y el sentimiento la ciega...
Mas al dar otra mirada,
Ve que á la region del cielo
Asciende una Nube blanca,
Que iluminando el ambiente
Deja sus huellas marcadas,
Como los rayos del sol
Cuando asoma en la montaña
O como el blanco cabello
Que esparce en Oriente el alba.

De un olor suave de rosas
Quedó toda la comarca
Que iluminaba la luna
Con claridad muy extraña ;
Y sobre Liébana entera
Fulgores vívidos lanza
Por los claros que la dejan
Nubes que en el aire vagan
Y que la atmósfera enturbian
Y el manto azulado manchan.
Ya el cielo se puebla de astros
Y el bosque en silencio se halla,
Sin que se escuche la esquila
De alguna traviesa cabra,
Ni el ladrido de algun perro

De las aldeas lejanas.
Solo una brisa se aspira
Llena de dos mil fragancias
Que entre las agrestes flores
Recoge el soplo del aura ;
Y entre el follaje susurran
Los cefirillos que danzan,
Y por las cascadas se oye
El murmullo de las aguas
Al compás de algun quejido
Del buho torpe que grazna
Allá en lo espeso del bosque
Donde sus ayes exhala.

Triste quedó la Pastora,
Bañada en un mar de lágrimas,
Al ver tardara tan poco
En evaporarse en nada
La ventura que veía
Y la dicha que gozaba :
Y con la mano en el pecho,
Que parece se le salta
De dolor, y acompañando
En los cielos su mirada,
Y en la siniestra el cayado
Que en verde alfombra fijaba,
Hermosa estatua presenta
De dolor, ó alguna estática
Cuya vision la trasporta
A las célestes moradas.
Habló por fin la Pastora,

Tras un ¡ ay ! que la traspasa
El corazon resignado,
Al ver á la Nube santa
Que iba cada vez á menos,
Segun que al cielo se alzaba :
« Aunque indigna, reconozco,
Soy de mirar gloria tanta,
¡ Por Jesus ! Madre querida,
Iman dulce de mi alma,
Maravilla de los cielos,
¿ Te volveré á ver mañana ?... »

Así la triste Pastora
Mirando quedó, cuan clara
Sobre los altivos riscos
La luna sus rayos lanza.
Noche serena, que ostenta
En la bóveda azulada
Astros sin número ardiendo
Y estrellas que no se apagan.
Todo en silencio se siente,
Y ya no se oyen las ramas
Que en la tormenta rujian
Cuando el aquilon zumbaba.
Ni se percibe la brisa,
Ni el ronco son de las aguas
Que de las cumbres al valle
Se derrumban espantadas.
Trina en el aire canora
La sentimental calandria ;
Mas en el grande silencio

Que reina allá en Peña-Sagra,
Ayes de afliccion se escuchan,
Suspiros el aire cuajan
Y entrecortados sollozos
Que grande afliccion presagian.
Y gentes hay que los oyen
Desde la Aldea inmediata,
Divulgado ya por toda
Cuanto contó la Zagala,
Y que está loca unos dicen,
Cuando otros dicen que es santa,
Y comentan de su vida
Alguna accion buena ó mala ;
Que el obrar tiene sus prismas
Para las personas vagas ;
Y está la maledicencia
Del siglo culto en la cátedra.
Es lo cierto que perplejos
Con una nueva tan fausta
Y escuchándose los ayes,
Ante el Párroco en voz alta
Dice uno : « Si otro me sigue,
Irémos á Peña-Sagra. »
— « Yo te acompaño » dijo otro,
Y se pusieron en marcha :
Y con el Párroco el pueblo,
Mientras volvian, oraba.

LA CONFIRMACION Ó LOS TESTIGOS.

Llena de angustia y abismada en llanto
Hallaron la Pastora recostada
En el cespèd de un mísero peñasco
Defendido en redor por su manada.
Cuanto pálida y triste, encantadora,
Tiernamente del sitio enamorada,
De cuando en cuando sus hermosos ojos
En derredor de sí prontos giraba,
Recelando tal vez que sus lamentos
Alguno entre las selvas escuchara :
Tan altos eran sus dolientes ayes,
Que el valle en sus honduras los copiaba,
Y en los altos y espesos robredales,
Que altivos se alzan en la verde falda,
Sus ayes agudísimos se oían
Y por cerros y crestas circulaban.

Ya en aptitud de meditar la observan,
La mejilla en la diestra reclinada,
Y apoyando su codo en la rodilla
Y la siniestra sobre verde grama.
Sombrias sus miradas alza al cielo,
Llena de angustias su graciosa cara,
Mostrando al resplandor de luna y astros
De su florida juventud las gracias.
Miradas recelosas tiende en torno,

Hondos suspiros escapar dejaba,
Y sumida en sus tristes reflexiones
Así llena de fe se lamentaba :

«Bello horizonte en borrascosa vida,
Misteriosa Mujer, Reina del alba,
¡Quién supiera mostrarte el fiel cariño
En que rebosa por tu amor mi alma !...
Yo te amo sin medida, Vírgen pura,
Ámame pues así, Madre adorada ;
Solo volverte á ver quieren mis ojos,
Solo á tu lado estar anhela mi alma.
Mis oídos oír tu voz divina,
Y mis piés caminar por donde vayas,
Y mis manos asir tu mano diestra,
Y mis labios besar tu invicta planta,
Y mi seno oprimir contra tu pecho,
Y en tus manos poner mi vida y alma.
Mas ¡ay!... que no me quieres, y es mi angustia
El hallarte y perderte en Peña-Sagra.
¿Para qué apareciste tan amable?
¿Porqué bajaste á hablarme á la montaña?
¿Qué fueron tus palabras de consuelo?
¿Qué han sido para mí ya tus miradas?...
¡Tristes recuerdos que me espinan dentro
Y desgarran cruelmente mis entrañas!
¿Acaso te ofendí... dí... por dejarte?
¿Porqué me reuniste mi manada,
Mientras que tu mensaje al señor Cura
Con alegría sin igual llevaba?...
¿Dónde fué aquella Nube cual de rosas

Cubierta en que bajaste á la montaña?...
¿Dó se huyó aquel ambiente que mi pecho
Con perfumes gloriosos embriagaba?...
¿Dónde aquella música sonora
Que todos mis sentidos embargaba?
¡Ay cuán feliz!... mas ¡cuán feliz fuí entonces!...
¡Cuán feliz antes; y ahora desgraciada!
Sin quien calme las ansias que mi pecho
Siente por encontrar tu Imágen sacra.
Decidme, Vírgen pura; respondedme
Tan solo á esta pregunta una palabra:
¿Lograré ver tu Imágen peregrina,
Vírgen llena de amor?... decid...

—*Mañana*»

Sonó en los aires; y tambien lo oyeron
Los que subieron prontos á encontrarla,
Y la sentimental plegaria humilde
De la inocente y cándida Zagala.
Llamáronla de lejos por su nombre,
Con motivo tal vez de no asustarla;
(No se nos dice el nombre que tenia.)
Y ella les respondió con voz ahogada;
Y al conocer al padre por su acento,
A sus brazos corrió por entre ramas;
Y el padre al recibirla, de gozoso
Lágrimas sobre su hija derramaba.

LA ALEGRÍA CRISTIANA.

A poco alegres los tres
Con el ganado bajaban
De aquellos ásperos cerros
Por una pendiente escarpa,
Que de las quebradas rocas
De lo alto de Peña-Sagra
Ofrece á un tajado monte
Una senda estrecha y mala,
Resbaladiza y pendiente
Y peligrosa y con agua.
El pueblo de Aniezo espera
Impaciente y con tal ansia,
Que con el Párroco juzgan
Un deber ir á encontrarla
Para que cuente de nuevo
Al pueblo la historia santa.
El bullicio de los lares
Por novedad tan extraña
De los tiznados escaños
A los ancianos arranca ;
Y hasta encorvados decrépitos
Por sus cabelleras canas
Llenos de fe y gratitud
Abandonaron sus casas.

Tambien salieron las madres
De su hogar entusiasmadas,
Llevando á sus tiernos hijos
En las maternales sayas ;
Y salieron las doncellas,
Los mozos y las muchachas
A tributar simpatías
A la dichosa Zagala,
Que aunque feliz vuelve triste
Y en llanto amargo anegada,
Creyéndose de la Virgen
Algún tanto desairada,
Porque ver no mereciera
A la Reina soberana
Segunda vez : ; qué tristeza
Por esto encapota su alma !...
Y gentes malignas ; cielos !...
Siniestros lunares hallan,
Y entremetidas se mofan
Mordiéndola al saludarla.
Se agrupa el pueblo en monton
En torno de la Zagala ;
Se arremolina la gente,
Y la miran y la indagan,
Y con preguntas la inquietan
Y con palabras la cansan.
Ya examinan sus facciones
Descoloridas y pálidas ;
Unas la tocan la ropa,
Otras bésanla y abrázanla ;

Quienes lloran de alegría,
Y quien mira á Peña-Sagra.
Y vuélvese á ver la cruz
Que su frente iluminaba ;
Y aunque en el misterio fian,
Y de escucharla no se hartan,
Unos escépticos siguen
Y otros pierden su esperanza
Al ver que llora la pobre
Pastora por dicha tanta,
Y hasta se oyó á un malicioso
Decir de paso : ¡*patraña!*...
Mientras los chicos acechan
Por entre mantos y capas,
Y en diversos pensamientos
Su mente el pueblo devana.
Pero la Pastora cuenta
Siempre lo mismo, y afianza
Sus dichos con energía
Y candidez y constancia,
Y con su bello relato
Admiraciones arranca.
Su padre y el deudo amigo,
Que subieron á encontrarla,
Confirmaron á las gentes
En la Aparicion sagrada ;
Y afirmaron que la Imágen
La recibirian mañana,
Segun una voz del cielo
Que contestó á la Zagala.

Con tan singular ventura
El Cura les entusiasma ;
Y van á la iglesia todos
A dar al Señor las gracias,
Y á prometer subirian,
Al resplandecer el alba,
A encontrar la prenda augusta,
La Imágen fiel, veneranda,
De la Esposa del Excelso,
De su Hija mas amada,
Y de la Madre de Dios,
A lo alto de Peña-Sagra. (1)

- (1) «A la vecindad dió parte,
Y subieron á la sierra ;
Y registrando la tierra,
Logran al fin encontrarte ;
Y pues todos al hallarte,
Se inundaron de consuelo,
— «Dadnos Luz, Virgen piadosa,
Y guiadnos para el cielo.»

(Del original.)

EL HALLAZGO DE LA IMÁGEN.

Ya la aurora en el oriente
Asoma su faz rosada ;
Y ya de Aniezo la gente
Por la escabrosa pendiente
Dobla la sierra empinada.

Ya presta el sol rayos de oro
Para coronar la aurora ;
Y esta, graciosa, á tal hora
De perlas rico tesoro
Derramaba encantadora.

Del prado entreabria las flores
Que exhalan ricos aromas ;
Y por las pobladas lomas
Andaba brindando amores
A las torcaces palomas.

Y por do quier de alegría
Llenaba á la selva umbría
Que iba el céfiro alhagando ;
Y el sol las flores que via
Las iba de amor besando.

Mil aves al aire alzadas
Saludando los albores,
En no aprendidas tonadas

Despertaban los pastores
Dormidos en sus majadas.

Bella, límpida y serena
Mañana nos pinta el cielo ;
Y aunque en estacion amena,
Puedo decir que tan buena
Jamás contempló este suelo.

Mas sin oir por el viento
De mil pájaros variados
El armonioso concento,
Sin recoger casi aliento
Van subiendo fatigados

Los que entre la selva umbría,
Sin ver las galas de Oriente
Que viste el hermoso dia,
La Imágen mas excelente
Esperan ver de María ;

De esa Aurora enamorada,
Madre del Sol de los mundos,
Cuya planta nacarada
Del que impera en los profundos
Tiene la cabeza hollada ;

De esa aurora bendecida
Cuyo fulgor embelesa
Al mismo Autor de la vida ;

Aurora que le interesa,
Y en ella toma guarida ;

Aurora en fin de consuelo
Que ahuyenta las desventuras,
La luz mas pura en el suelo,
La mayor beldad del cielo,
La Reina de las alturas.

La Estrella de la mañana
Que abre las puertas al dia ;
La Virgen mas soberana
Que al creyente da alegría
Y al ciego da luz y sana.

Ilustre Virgen, en pos
De tu claridad tan santa,
En que se recrea Dios,
Dirige Aniezo su planta
Cantando : « Ruega por nos. »

Y en la rambla apenas dieron,
Cuando misteriosamente
Las gentes se descubrieron,
Y por ella se esparcieron
Registrando humildemente.

En una peña entreabierta,
Desde el diluvio tal vez,
Una Luz ¡ ay ! se despierta

De fúlgida nitidez
Entre una Nube cubierta.

Ve la Pastora á Maria,
La Imágen toma y la adora ;
Y llorando de alegría,
«Aquí está : venid ! (decia)
Nuestra excelsa Protectora.»

«Ved el contorno divino
Y el albo azul de su frente ;
Ved ese carmin naciente
Que su rostro peregrino
Circunda perennemente.

De amor á Jesus mirando,
¡ Con cuánto asombro me admira !...
Y tan santo amor me inspira,
Que dudo si estoy soñando
O lo que miro es mentira.»

Y al ver la Imágen presente,
La concurrencia asombrada
Oró á un tiempo reverente
Por prenda tan estimada
Con el fervor mas ardiente.

Doblaron ambas rodillas
Y entrambos brazos cruzaron,
Y de gozo á sus mejillas,

Viendo en una, maravillas,
Las lágrimas les saltaron.

Y sin osar levantarse
Ante el rostro angelical
De la Reina celestial,
Ni aun pudieron admirarse
Del llanto en todos igual.

Hasta que al fin la Pastora,
En fuego sacro inundada,
Exclamó: «Bendita hora,
En que miro realizada
Vuestra promesa, Señora.

Y cual del no ser al ser
Despertó á la concurrencia
Del abismo de placer
En que se hallaba á mi ver
De Maria á la presencia.

Y el Párroco al estrechar
Tanta ventura en su pecho,
Le vieron todos llorar,
Al ponerse en pié derecho
La Letanía á entonar.



LA PROCESION DE LA VIRGEN.

Bajaba á paso lento
En procesion la gente,
La letanía cantando
Con suma devocion ;
Y el Cura que llevaba
La Imágen excelente,
Inmóvil contemplaba
Tan santa Aparicion.

En pos del sacerdote
Rezaba la Pastora ;
Y el pueblo la bendice
Con sin igual amor ;
Y cánticos sagrados
De música sonora
Bajaron hasta Aniezo
Cantando con fervor.

Los viejos y los niños
Que no les fué posible
Subir á Peña-Sagra
Tal maravilla á ver,
Salieron á encontrarla
Con ansia irresistible,

Y póstranse de hinojos
Ante Ella con placer.

Rompieron entre todos
Mil himnos de contento
La aparecida Imágen
Al ver en el altar
De su natal iglesia ;
Y allí en aquel momento
El Párroco á su pueblo
Se puso á predicar.

Y cuentan que decia,
Henchido de dulzura,
A sus queridos fieles
Con lágrimas así:
« ¡ Dichosos de nosotros
Con tan divina hechura ;
Señora, nuestras vidas
Recíbelas aquí.

« Felices de nosotros,
Si fieles poseemos
La Imágen de Maria,
Venero de salud ;
Y en nuestros días oscuros
De hinojos nos ponemos
Rogando ante la Imágen,
Bendita de la Luz.

«De bendicion la prenda
El cielo nos ha dado ;
Ingratos no seamos
Al bien que se nos dá.
La proteccion tenemos
En este Altar sagrado ;
Pedid á esa Señora
Y nada os negará.

«Bendita Imágen bella,
Que en nubes odorantes
Al mundo Tú, Señora,
Por prenda nos legó ;
Un trono, un templo hermoso
Se erigirá cuanto antes
En donde á la Pastora
La Emperatriz habló.

Tú, templo del Dios-Hombre,
Que un pobre templo quieres
De Peña-Sagra en lo alto
Y en tanta soledad ;
Tesoro de las glorias
Del Hacedor Tú eres,
Y de los seres Reina,
Y de las gracias mar.

Excelsa criatura,
Emanacion del cielo,
Del mundo y de los siglos

La Luz y admiracion ;
Tu voluntad, Señora,
Se cumplirá y tu anhelo ;
Que el pueblo, á quien te ofreces,
Te rinde el corazon.

Mas ¡ ah ! ¿ porqué escogiste
Las ásperas montañas
Que Peña-Sagra ciñe
Por templo y por altar ?
¿ Porqué si eterna vives
De Aniezo en las entrañas,
Con sus humildes hijos
No quieres aquí estar ?

Quedárate, Maria,
Del orbe soberana,
Entre el piadoso Aniezo
Que te venera fiel.
Quedárate de vida
Universal fontana ;
Sé Tú gloria de Aniezo
Cual fuiste en Israel.

Bendita entre los seres,
De Dios la humilde Esposa,
Perdona mis preguntas,
Si te ofendieron ya.
Sobrada es nuestra dicha
De verte aquí amorosa

En el retrato bello
Que vuestro amor nos dá.

Feliz mil y mil veces,
Aniezo oscurecida,
Que ostentas el retrato
De la Ciudad de Dios ;
Si en tu mansion oscura
Te ves enaltecida,
No olvides tanta dicha,
Camina de Ella en pos.

Y en cánticos piadosos
La Aparicion sagrada
No cesen nuestros labios
Terrenos de cantar ;
Y gloria al cielo demos
En armonía inspirada,
La Luz de Peña-Sagra
Gozosos al mirar.

Y ya que la Pastora
En la áspera montaña
En su afliccion consuelo,
Con solo verla, halló ;
É iluminando el monte
Con claridad extraña,
Se digna hablarla humilde
Y verse allí dejó ;

Y colocó en su frente
Con el pulgar divino
Del lábaro cristiano
La fúlgida señal ;
Y en ella se miraba
El rostro peregrino
De la que ciñe Eterna
La gran corona real,

De aquella que mandara
A la feliz Pastora,
A ti, pueblo de Aniezo,
Bajara á noticiar ;
De aquella que es del orbe
La universal Señora
Y de los fieles Madre
Y de las gracias mar ;

De aquella que nos pide
Un templo levantemos
Sobre la estrecha cueva
En que se apareció ;
No es justo que nosotros
Dejarla aquí intentemos,
Cuando ella quiere el templo
Dó á la Pastora habló.

Y así desde mañana
Principio á darle vamos,
Y á tributarla obsequios

De eterna gratitud ;
Mañana yo, el primero,
Consagraré mis manos,
Y un templo levantamos
Con gran solicitud.

Seguro que por ello
Se nos dará en la gloria
Eterna recompensa
Y en este mundo paz ;
Y á las futuras gentes
Dejando esta memoria,
La damos el ejemplo
De eterna lealtad.

La paz y la bonanza
Tendremos en el mundo ;
Y en él, mientras vivamos,
Envidia nos tendrán ;
Que aquí á pedir favores,
Con llanto muy profundo,
De tierras muy remotas
Devotos llegarán.

Y al singular prodigio
De ser aparecida,
Milagros mil, sin cuento,
La Virgen obrará ;
Y nadie habrá que llegue,
Que cuanto humilde pida,

No logre en el momento
Si compungido está.

Oremos, pues, nosotros,
Y sea bendecida
La peregrina Imágen,
La Virgen de la Luz:
Tú, para tanta gloria,
Aniezo la elegida:
Aniezo, tu amor busca
Maria y tu salud.

¡ Cuán infeliz, Aniezo,
Si ingrata te olvidaras
Del don que el alto cielo
Hoy para bien te dá!
¡Y cuán feliz, si siempre
Agradecida amaras
Á la divina Imágen
Que ves en este altar!

Felices de nosotros,
Si fieles poseemos
La Imágen de Maria,
Venero de salud;
Y en nuestros días oscuros
De hinojos nos ponemos,
Rogando ante la Imágen
Bendita de la Luz.

LA CONSAGRACION DEL SANTUARIO.

§ 1.º

Desde el siguiente dia comenzaron,
Al despuntar en el oriente el alba,
Los cimientos á abrir para el Santuario ;
Mas con ahinco tal y tal constancia,
Que desde el tres de mayo que empezaron,
(Pues el dos se bajó la Imágen santa),
Hasta el cinco del próximo setiembre
La capilla se dió por terminada.
Y el ocho mismo se subió la Imágen
Con gran solemnidad á Peña-Sagra.
La procesion preside Recaredo,
Obispo de Leon, que aquí se hallaba,
Consagrando la iglesia de las Monjas
Del célebre convento de Piasca.

En los hombros de cuatro sacerdotes
La Vírgen sube en unas ricas andas ;
Los pueblos comarcanos de alegría
Corrieron á engrosar las filas santas,
Y dádivas y cirios sin medida
A la Antorcha del orbe tributaban.
¡ Año de nuevecientos y cuarenta !
Mil años poco menos, Peña-Sagra,
Feliz en tu recinto pintoresco
La flor de Jericó preciosa guardas.

Mis ojos han hallado mil delicias
En tus crestas gigantes y azuladas
Que semejan los picos del Carmelo,
Al proyectar en el azul sus masas.

Esa antorcha divina que hoy ostentas,
Benéfica, inmortal, pura y sagrada ;
Ese muro gigante impenetrable
Del bátratro infernal por la canalla,
Esa fuente de amor, límpida y dulce
Que convida á beber risueña y grata,
Ese faro que alumbra, cuando en sombras
De tempestad el corazon naufraga,
Al empuje fatal de las pasiones
Que indómitas luchando al alma cansan ;
Esa Mujer, única Luz que existe
Para el débil mortal que ciego clama ;
Consuelo, alivio y protegido asilo,
Puerto bendito, la ribera ansiada,
Sol desprendido del Eterno foco,
De la lumbre del orbe Soberana,
Iris de paz que en lontananza muestra
La bella patria de la Gloria santa,
Es la flor que embellece cuanto ocupan
Tus hondos valles y tus crestas altas.

Peña-Sagra feliz, que donde naces,
La Puerta de los cielos se destaca,
Cual Paloma blanquísima, que anida
Sobre la copa de gigantes hayas,
O como la bandera que tremola
En las naves que cruzan por mar alta,

Un templo, un tabernáculo contienes
Donde jamás fué estéril la plegaria ;
Allí el alma se eleva y se extasía
Al contemplar la Madre Inmaculada,
Y á detestar los crímenes se mueve
Que con grato placer la emponzoñaron ;
Donde van á gemir atribulados
Y beneficios y consuelos hallan,
Y donde limpia Dios todos los ojos
Que preñados de lágrimas aguardan
Alivio para el mal que las aqueja,
Ventura en el temor que les amaga ;
Luz para caminar por las tinieblas,
Fuerza, resignacion y gran constancia
Para no sucumbir en duras pruebas
Y alzar en paz al cielo nuestras almas.

O montaña feliz, que nos disipas
La hiel que nos irrita las entrañas,
Y ahuyentando las penas mas sombrías
Que á nuestro corazon inquietas rajan,
Dulce en tus sombras de alegría celeste,
Fuentes nos muestras que risueñas saltan,
Sesgueando entre céspedes amenos
Llenos de arbustos y mil flores varias
Que destilan esencias celestiales
Y que remedios para todo manan.
Y esos torrentes el dolor alivian
Con el mágico son de las cascadas :
Las aves con sus trinos nos despiertan
A tal cielo á rendir mil alabanzas :

Las brisas nos impelen con aromas
Al fervor que el Señor quiere en las almas;
Y aquella soledad á orar convida,
Libre del mundo al verse, separada
De otros quehaceres ; y el mayor negocio
Que Dios al hombre encomendó en la infancia,
Vuelve á la mente y se recrea en los fieles,
Vuelo allí al dar á su intranquila alma
Que otros goces suspira, y otra vida,
Y otro modo de obrar, y paz y calma.
; Cien mil ángeles velen suspendidos
En el aire tan santa y bella estancia !

§ 2.º

Hermosa Peña-Sagra,
Que al pié de tus peñascos
De donde altiva miras
Los pueblos comarcanos,
Los plácidos arroyos,
Los cerros y los campos
Cuajados de áureas mieses
Y frutos mil variados ;
Y las Peñas de Europa
Que están amurallando
De Liébana el recinto
Mas fértil y mas sano.
Los cerros atrevidos
Do en tiempos que pasaron,

Se alzaban altas torres
Con muros almenados,
Que fuertes y opulentas
En tan feliz Condado,
Hoy yacen esparcidos
Sus restos venerandos.
Y en fin las cordilleras
Del pintoresco espacio
Que ciñen altas crestas
Y picos azulados.

Como la erguida cumbre
Del Líbano plateado
Un trono al mundo muestras
De resplandor sagrado,
Donde logra el contrito
Cuanto implora cuitado.
¡ Oh ! y cuantos en tu templo
Sin pensamiento entrando
Dé convertirse, y solo
Curiosidad llevando
De notar la belleza
Del bendito Santuario,
Al mirar de la Virgen
El rostro soberano,
Dulce, apacible y tierno,
Risueño y envidiado
Por su fina sonrisa,
Que es para el alma un dardo
De compuncion, se vieron
En su interior trocados,

Y en férvidos deseos
Sus almas fermentando,
A detestar sus culpas
Rindiéronse obligados,
Y el cáncer descubrieron
Del corazon llagado,
Y crímenes confiesan
Con sollozante llanto ;
Y propósitos firmes
De vivir cual cristianos
Hicieron al mirarse
Del Señor perdonados.
¡ Oh !... ¡ y cuántos de tu Imágen
Lo bello contemplando,
A la ambicion del oro
Los deseos cerraron !...
¡ Y cuántos los placeres
Y crímenes nefandos
Ante la Luz contemplan
Del bello Simulacro !...
Almas ennegrecidas
Con su vivir malvado,
Las aldabadas oyen
Del roedor gusano,
Y empiezan á sentirse
En intranquilo estado :
La penitencia abrazan
Allí ; y de extraviados
Con el alma salieron
Otros felices Saulos

Con eficaz deseo
De vivir como santos,
Observadores fieles
De los preceptos sacros
Que en Sinaí á su pueblo
Dió el que impera en los altos.

Sordos, ciegos, tullidos
Y cojos han sanado
Al entrar por la puerta
Del templo solitario,
Invocando en su ayuda
La Madre del cristiano ;
Y ejemplar vida haciendo
Desde aquí, edificando
Van á los que perdieran
Antes con sus escándalos.
Sordos á la voz santa
Del Ministerio sacro,
Ciegos á los ejemplos
Que observan cuotidianos,
Tullidos con los golpes
De su vivir malvado,
Y cojos en la senda
Que se trazó al cristiano,
Salieron compungidos
Debajo del amparo
De la Virgen bendita,
Luz de los desengaños.
Y no solo aquí vienen
A llorar sus pecados,

Sino á rendir las gracias
Por mil favores varios
Que los fieles observan,
En su piedad confiando,
Y á los que el vulgo llama
No sin razon milagros.
¿No veis las presentallas,
Pendientes del retablo,
Que atestiguan prodigios
En plata cincelados?...

¡ Oh Peña-Sagra hermosa !
Quien te haya visitado,
Ha visto en tu atalaya
Al Casino del Cairo,
Y al Tabor Galileo
Circuido de peñascos.
Y ¿quién ha entrado humilde
En tu feliz Santuario,
Que en deseos de gloria
No se sienta embriagado,
Al ver la Imágen bella
De la Luz de lo alto,
Radiar esplendorosa
En su gentil retablo?

Maria absorbe el alma
De los que á su Santuario
Con devocion visitan
Mostrándose vasallos.

LA DESPEDIDA.

En el Santuario nuevo,
Despues de colocada
La aparecida Imágen,
Al ocultarse el sol,
Al ver la concurrencia
Piadosa arrodillada
El venerable Obispo
La bendicion les dió.

Y enternecidos todos
Al ver donde dejaban
De Peña-Sagra el Norte
Y del Eden la flor,
Con lágrimas de gozo
Y de pesar la daban,
Volviendo atrás el rostro,
El mas sentido ; á Dios !...

Llorosa solo queda
Una jóven cuitada,
Que en desconsuelo horrible
O en la agonía se vé
Sobre la humilde puerta
Del templo reclinada,

Las manos retorciendo,
Entristecida en pié.

¿Quién es? ¿quién sola queda
Junto al timon del mundo,
Junto á la excelsa Vírgen
Y Madre virginal?...
Los ayes reprimiendo
Su seno temebundo,
¿Qué aguardará en su angustia?
¿Expiará algun mal?

¡ Ah !... encuentra allí delicias
La sin igual Pastora,
Y consagrarse quiere
La Imágen á cuidar.
Y ella es la que suspira,
Y quiere en esta hora
Decírselo á Maria;
Pero no vé su altar.

Por eso conmovida
Va redoblando el lloro ;
Por eso la infelice
Deshácese en llorar ;
Y quédase á la puerta
Guardando aquel Tesoro,
Dó asilo siempre encuentra
Contrito el criminal.

Y allí promete entre ayes
Vivir todos los dias,
Sin que sus dulces ojos
Se afanen en buscar
Del mundo mas ventura,
Mas goces y alegrías ;
Pues empapado entre ellas
Va siempre algun pesar.

Mas ; ay ! en vano cuenta
Vivir sola en la altura (1)
Mirando de las rocas
El techo paternal ...
La nieve del invierno...
Del Padre la amargura...
¿ No vés que hasta encontrarte
Ni un sueño dormiré?...

- (1) «Un templo os levantaron
Donde aparecida fuiste,
Mas abajo no quisiste,
Aunque muchos lo intentaron ;
Y pues en Vos tributaron
Obsequios de su buen celo,
— Dadnos Luz, Virgen preciosa,
Y guiadnos para el cielo. »

(Del original.)

APÉNDICE.

La tradicion no nos dice
El nombre de la Pastora
Ni el fin de su vida cuenta,
Y queda sin fin la historia.
Solo nos dice hizo voto
De habitar aquellas rocas,
Pero nó si le cumplió
Ni si le puso por obra.
Yo que aspiro en mi trabajo,
La verdad buscando en sombras,
A rastrear lo mas cierto
En asunto de tal monta,
Confieso no hay cosa auténtica.
Aniezo tiene en *seis fojas*
Un extractito burlesco
De tan peregrina historia,
Plagado de vaciedades,
Que muestra el archivo ahora,
Y aunque en letra buena y clara
No es mas que una mala copla,
Que á un buen criterio no gana
Y al mas cándido no logra
Con tamaños despropósitos
Y desatinos de monta.

Yo sigo á la tradicion
En la pastoril historia ;
Y hace años vengo en ojeo
Foliando muy buenas crónicas,
Consultando manuscritos
Y revisando memorias
Con una paleografía
Para entender bien las góticas.
Nada de asunto tan bello
Pude ver en tales obras,
Y tuve que recurrir
A la tradicion *sin hojas*.
Mas en el libro becerro
De Piasca hallé una nota,
Que me sirve, á no dudarlo,
Para acabar esta Historia.
Y si no es la misma, puede
Servir de fin á mi obra ;
Pues de cuna son iguales,
Iguales las señas todas,
Los sentimientos los mismos
Y aun la edad les acomoda ;
Por lo que como es difícil
Hallar una historia toda
Que ni en un ápice falte
De aquella á quien se le apropia,
Me he convencido, y estoy
Por afirmar sin zozobra,
Es la misma que prosigo
De la sin igual Pastora.

LA SOLITARIA.

Espíritu sagrado, amor divino,
Inmenso mar de inexplicables goces,
Luz que brilla en acorde movimiento,
Árbol de paz y de celestes dones,
Tú eres la vida, la ambicion de gloria,
El vuelo al cénit del supremo Orbe,
Y el ardiente afanar de gozo un mundo
Que nunca acabará. Pastora, corre,
Lánzate á la carrera; y quiera el cielo
Que eterno premio arrebatarte logres.
¡Bella es la vida! mas quimera es todo
Lo que acaricia enamorado el hombre;
Y es la mujer en sus afanes mártir
Cuando empieza á quemarse en sus amores.
No así tú bebes el licor sedienta;
No así tu corazon el néctar sorbe;
Vives amando con temblor, temiendo
Si tal vez tu amistad, tu Padre rompe.
Y ¿cómo no? si desolado busca
Por hondos valles, por espesos montes
La hija querida que su amor le diera,
Ultimo resto de su esposa noble?...
Las peñas enternece con sus llantos,
Llámala en vano por el dia y de noche;
Y triste el eco de su voz escucha,
Mas ella nunca sus clamores oye.

¿Tal vez arrebatada como Elías
Al éter puro en el flamante coche,
Su candidez y amor la subió al cielo
Sin un «A Dios» á su familia pobre?...

¿Tal vez de algun pastor enamorada
Vive escondida en el espeso bosque ;
O seducida de un galan caminan
A tierra extraña imaginando goces?...

De la redonda esfera, azul, serena
La luna alumbra con su blanca luz
En Peña-Sagra á una mujer que pena,
Puesta de hinojos , figurando cruz.

Y en la rambla del Sagra, que alfombrada
De flores mil, una mansion se vé,
Música encantadora y prolongada
Puebla el espacio y se confunde en él.

Las ramas de los bosques blandamente
Pierden su inercia con tan fiel cancion ;
Y las aves nocturnas tristemente
Graznando cruzan remedando el son.

Ya tras la falda del lejano monte
Pronto la luna á sepultarse va,
Y empieza á enrojecerse el horizonte
Y la divina música á cesar.

Solo el ¡ ay ! de una tímida hermosura

Se oye en los altos repetir despues ;
Y temiendo perder tanta ventura,
Se oculta al ver el alba amanecer.

Y allá en las crestas de la Sacra-Peña,
Entre un monte de riscos en monton,
Se oculta en una cueva no pequeña
La mujer que se ha visto en oracion.

Y van tres noches seguidas
Que pasa al pié de la puerta
De ese moderno santuario,
Sombria mas que la pena
Que de abandonar la Imágen
Dentro del pecho conserva :
Recelo que al corazon
Mas inocente atormenta.
Brillan sus amantes ojos
Soltando de amor las perlas
Por sus mejillas de ángel
Mas que las rosas de bellas.
Y la Solitaria amante
Con su soledad se alegra,
Mirando al bien que posee
Con el que goza y se sueña.
¿Porqué entónces, si está sola,
El dolor tanto la aqueja,
Y cual las hojas del árbol
Que el viento sacude, tiembla ?
¿Porqué sus amantes ojos

De quier miradas inquietas
En torno dirigen cautas
Luchando con la impaciencia?

Cuando sus ojos de amores
Son dos soles, dos centellas,
¿Porqué á los cielos la Luz
Pide con tanta vehemencia,
Si apenas sale la aurora,
Vertiendo en los campos perlas,
Ella medrosa camina
A esconderse entre las peñas?...
Y exclama con mil suspiros,
Al abandonar la puerta
De esa mansión religiosa :
« ¡A Dios, adorada Reina :
Mi sombra marcha á ocultarse,
Mi corazon aquí queda ;
Y si acaso no viniesen
A buscarme por las selvas,
Avísame, y volveré
Para hablaros mas de cerca. »

— ¡ Con qué ! ¿ te ocultas de dia,
Y sales de noche y rezas,
Y al amanecer te vuelves
A ocultar entre las peñas ?

En vano, en vano pretendes,
Pastora inocente y bella,
Hacer vida solitaria
Del Sagra en las altas peñas.

¿No has observado en otoño,
Que esas frias cordilleras
Son depósito de nieve
Y asilo de nubes densas?

¿Qué has de comer, infeliz,
Si la nieve hasta las yerbas
Te sepultará muy luego?

¿No tienes miedo á las fieras?

¿No temes que esa montaña
Derrumbe sus altas crestas,
Y te sepulten un dia
De una rígida tormenta?...

¿Cómo en el mas crudo invierno,
Sin que una fogata prendas

Para resistir el frio,
Podrás vivir en tal sierra?

Y si haces fuego, ¿no miras
Que alza su señal la hoguera,
Y en el aire se dilata
Y te buscarán por ella?

Pastora, te es imposible
Cumplir tan santa promesa,

Y no te obliga por tanto.

La Virgen ya satisfecha
Está de tu abnegacion ;
Vuelve á la casa paterna,
Despídete de tu Imágen,
Despídete de tu cueva.

Solo el sagrado fuego que la inspira,
Puede en el yermo resistir el frio
Que en los altos peñascos se avecina
Y se extiende do quier por el recinto.
La oscuridad de las negruzcas nieblas
La impiden ver su celestial Hechizo,
Y el horror de la noche se le oculta
Y no puede mostrarle su cariño.

Solo recibe su afliccion desaires,
La soledad repite los suspiros
De su afligido corazon que llora
Engolfado en devotos sacrificios ;
Y solo el suave céfiro la alhaga
Con un blando susurro adormecido.

Deja, Pastora afortunada, al punto
Ese bendito, insoportable asilo,
Que aviva el fuego de tu casto seno
Y muestra á tu ilusion bello atractivo.

¿Es posible que pienses sustraerte
Por un voto imposible del dominio
De tu afligido Padre, que te llora
Costándole tu ausencia hondos suspiros?

Harto tiempo has estado atribulada,
Víctima y mártir de tu propio juicio,
Ante el fiel simulacro de Maria ;
No te burles ya mas en tus martirios :
Vuelve á la casa de tu triste Padre,
Díle cumpla tu ofrenda de cariño.

Si el amor paternal no te desprende,
¡ Cuánto te compadezco en tu destino !

Esa esperanza que feliz te alienta
De vivir solitaria entre estos riscos,
Fácil es de quebrarse, y prevenirte
Debes, si no lo estás, de algun peligro.

Deben los hijos de seguir la senda
Por sus padres trazada, ó el castigo
Camina tras el hijo que á su antojo
Se despachó sin esperar á oírlos.

El Cielo alumbre tu razon dormida
Y te arme de valor en los peligros ;
La VÍRGEN DE LA LUZ tu escudo sea,
Sienta firme tu pié, teme un abismo.



LAS TENTACIONES.

1.^a

Sal, rubia aurora, engalanando el mundo
A despertar con tu luciente gasa
Una imágen cual tú, nítida y pura,
En los divinos sueños dormitada.

A su semblante encantador, risueño
Rinden mil besos de placer las auras,
Y otro sol es su frente candorosa
Por mil madejas de oro circundada.
El sueño celestial es de inocentes,
Y adormece no mas las almas cándidas.
¡ Qué sueño tan tranquilo!... cual del lago
La superficie trasparente y mansa
Que ni juncales ni hojarascas tiene
Ni el menor soplo la rizó del aura.
Tal vez en ilusion queriendo alzarse
En cuerpo y alma al cielo la Zagala,
Para asir la corona de la gloria
Que creyó divisar en lontananza,
Desmayada á su esfuerzo harto impotente,
Ignorando el sendero y la distancia,
En los brazos del ángel de los sueños
Inclinó su cabeza y su mirada.

Dejad, celestes sueños, la Pastora ;
Batid lijeros vuestras blancas alas,

Y abrid sus ojos ante el rostro de oro
Que por oriente nos ofrece el alba.

¡ Ay!... un peligro al despertar la espera,
Que se le acerca por cortantes lastras,
Subiendo en direccion del nuevo templo
El Conde que gobierna estas montañas.
Es jóven ; de mirada licenciosa,
De espíritu guerrero, alma esforzada,
Labio de flores, de semblante bello,
De corazon que todo lo avasalla.

Despierta la Pastora estremecida
Al ladrido de perros que divagan
Por el monte cercano, abre sus ojos,
Y mira al Conde que la dice : « ¡ Ay Auria !...
Mi corazon palpita hecho pedazos,
Y en ilusion me queda absorta el alma,
Al verte tan hermosa, cual lo entonan
Las trompetas mas justas de la fama. »

Como al impulso de la hoz la espiga
Auria quedó al oirle desmayada :
Toda despavorida abrió sus ojos,
Y apenas de sus sueños recobrada,
Ante tan gran Señor tímida tiembla,
Ni escucha ni comprende una palabra.
Y sus ojos al verse en los del Conde,
Pintóse su semblante de escarlata :
Los turbios ojos en el suelo fija,
Triste el semblante, enmudecida el alma,
Temblorosa y helada con sorpresa
Del Conde jóven oye estas palabras :

« Al fin logro vivir, pues que te veo :
Zagala, tú serás mi fiel amiga ;
La impaciencia de amor es un deseo
Que al alma hiere si tenaz le abriga.
¡ Cuán bella sois ! ¿ Me amais ? Mira, mis ojos
Buscan placer en ti. Tu candoroso
Rostro es á mi alma irresistible cebo ;
Con mirarte no mas, placeres bebo,
Y al no mirarme tú, me creo zeloso.
¡ Contigo cuán feliz el Conde fuera !
— Mas feliz debeis ser sin la Zagala.
— No, hermosa, no, que á tu beldad no iguala
La mas bella y alegre primavera.
No prolongues, por Dios, mi desconsuelo,
Que una pena me aflige y me devora.
— ¿ Tratais de fascinar á una Pastora,
De hacerla desgraciada en tierra y cielo?...
¿ Cómo el amor no mas de una Zagala,
En las selvas criada, envilecida,
Puede soñar jamás su suerte unida
Al noble Conde, á quien ninguno iguala?...
— Mi corazon no busca en ti blasones,
Ni oro y nobleza, sí virtud y amores.
— Sí, Conde, agradezco sus favores.
— ¿ Y no te compadecen las prisiones
En que estoy por tus ojos seductores?...
— Por Dios, Conde, por Dios ; mi desventura
Fuera amaros, dejando este Santuario.
¿ Qué me diria la Virgen ? ¡ Qué locura !...
Me amárais hoy : mañana temerario

Corrierais á probar nueva ventura.

— ¿No hiciera en eso la deshonra mia?...

¿Pero es crimen amar de la inocencia

El cariño, la dulce compañía?

— Que mal está en un Conde la imprudencia.

— Si en una noche tú, pobre Zagala,

Al torpe amor que todo lo envilece

Cayeras sin pensar...

— Conde, no empiece,

La noche no es cual la intencion de mala.

Mi nacimiento es pobre; mas mi cuna

Aunque pobre, es honrada, y nunca diera,

Por cuanto oro amontona la fortuna,

Un placer ni aun al Rey de España entera.

— Para adorarte altares alzaria,

Porque sois, al mirarte, irresistible;

Y vive Dios, que creo es imposible

Que iguale á tu beldad ni mi hidalguía.

¡ Cuán venturoso fuera! tú á mi lado...

Envidia me tendrían al mirarte

Tan bella y sin igual...

— Cuán estremado

Estais en los elogios.

— En el arte

Del amor no hay concepto sublimado.

Mira que mi Condado es soberano.

¿Quieres unirme á mí?... dame tu mano,

Un abrazo no mas...

— Y ¿así te atreves?

No hiciera mas un rústico villano...

— A tu Conde y Señor algo mas debes ;
Repórtate en mirar mi afecto en vano.
Con mesura un favor pedí...

— Y en ello

Pruebas no dais de ser un Conde fino,
Un noble caballero, un buen cristiano,
Que los castos amores ese sello
Detestan con razon.

— Tu rostro bello

Me enloquece, Zagala, y yo no atino ;
Yo muero al ver el fuego de tus ojos,
Y desde ahora te ofrezco mi Condado.
Mira al Conde de Liébana de hinojos
Pedirte ya perdon, si te ha injuriado.
En Liébana ninguno se me iguala
En nobleza y poder, Zagala mia ;
Y á la belleza de mi fiel Zagala
Ni la de la Georgia igualaria.
Tus rizos de oro en frente de azucena
Y ojos que al cielo roban el azul,
¿ Quién como tú para matar mi pena ?
Brille de amor para los dos la luz.
Si tu precioso corazon responde
Al amor que te tengo, pues me hechizas,
Gran porvenir te diviniza el Conde
A quien con tu mirada magnetizas.
Deja la soledad ; y el ejercicio
De las montañas ; y tu vil guarida ;
Y extraño yo al deleite, ajeno al vicio,
Mi alma en ti ; ó hermosa ! encontrará la vida.

Y ya que la ambicion no te devora,
Y de noblezas la virtud tú quieres,
Deja ya el monte para ser Señora,
Que lo mereces tú por ser quien eres.

Vén, y en tus sienes ceñiré corona,
Que mas bella que tú nadie ha ceñido ;
Deja el bosque salvaje, do has vivido,
Y serás de Lebeña la Matrona.

Yo hasta morir te adoraré, Pastora,
Y unida tú á la noble sangre mia,
Pronto serás de Liébana Señora,
Pronto verás tu venturoso dia.

Auria bella ; sabrás que cuanto el Deva
Fértil terreno con sus ondas baña,
Me pertenece ; que mi amor aprueba
A la Pastora por su fiel Esposa ;
Y que tú abandonando la montaña,
Vivas siempre á mi lado venturosa.
— ¡ Tanto, Conde, me amais ?...

—Pena sombría

Diariamente mi espíritu prensaba...
Yo amaba... yo anhelaba... yo sufría...
Y nunca pude hallar lo que buscaba.
— ¡ Ignoras, Conde, que me dí á Maria
Desde su aparicion bella y sagrada ?
¿ Que la estoy consagrada desde el dia
Que logramos su Imágen regalada ?...
— Sé la historia, bellísima hechicera ;
Mas si el voto te tiene aprisionada,
A Roma irémos á obtener dispensa.

Brille, si me amas, ya, tu dicha ansiada,
Y enlazarte conmigo pronto piensa.

Esclavo hoy tuyo mi doliente pecho
Que con ardiente frenesí te adora,
A tu voz el dolor verás deshecho
Que en las entrañas de mi pecho mora.
Dame ya en tu mirada el gran consuelo ;
Que el alma de placer se hace pedazos ;
Juntos formemos los sagrados lazos,
Y nuestro mútuo amor bendiga el cielo.
¿ Gozas en vender caros tus favores
A un Conde que te ofrece el corazon ?
¿ Así respondes fria á sus amores ?...
— Y ¿ si fuera fingida su pasion ?...
Y ¿ qué sirve, ó buen Conde, que me adores
Y encenderos en fuego irresistible,
Si no puedo aliviar vuestros dolores
Y me muestro al pesar casi insensible ?...
Conozco me idolatras ; y es locura
Querer os corresponda, si no ignoras
He cifrado en la Vírgen mi ventura,
É infiel no quiero serla en pocas horas.
En pocas horas, sí ; porque la vida
Es cual el rayo que brillando se huye ;
Y la dicha en el mundo es fementida,
Y el placer, que enloquece, nos destruye.
Ponga en otra su amor, si en ese seno
No puede sofocar tan grande hoguera ;
Ponga en otra su amor, y su amor bueno
Feliz en este mundo hará á cualquiera.

Ponga en otra su amor, y no se empeñe
En soñar una dicha transitoria ;
Y tal vez, pues le ruego me desdeñe,
Que su desden me servirá de gloria.

Yo le aprecio en verdad : toda la vida
Viviré agradecida á su atencion.

— Dudes ó no de mi alma en ti perdida,
Juzgues burlar mi amor y mi pasion ,
No es posible ocultarte me envenena
El alma y muero de pensar que tú
Vives sola en los bosques...

— No os dé pena ;

Cuidar la Imágen no es penosa cruz.

— Zagala, mil perdones, si imprudente

Pude turbar tu soledad tranquila :

La virtud es un arma omnipotente,

Y firme ante el peligro, no vacila.

Sé feliz, Auria bella ; y si algun dia

Turba tu paz amor ; y amor te enseña

A olvidar el Santuario de Maria,

No te olvides del Conde de Lebeña.

2.^a

Solo en la puerta del Santuario nuevo

De extraordinaria pulcritud se advierte

Una Zagala angelical de hermosa

Que perlas de afliccion sus ojos llueven.

Pardo su traje, su cabello nudoso

Un mar de oro semeja en mil vertientes,
Que velan circuyendo su semblante
É isla de nácar, á mi ver, parece.
Niégale el cielo en el orar dulzura,
Y en la mano siniestra una Cruz tiene,
Y al suspiro del viento se espeluzna,
Y al choque de las ramas se conmueve,
La que en vez de las brisas aromosas
Bañadas del Eden en los claveles,
Que poblaran de imágenes de gloria
Sus virginales inmarchitas sienes
Respira como encima de un sepulcro
El mas infecto irresistible ambiente.
¡ No vé sino afliccion ! Soles á miles
Que pudiera forjar su tersa frente,
De sombra en nubes, que la luz apagan,
Con fin siniestro junto á sí se ciernen ;
Y el genio que la atmósfera le enturbia,
Y que con traje primitivo hiende
Los aires, con acento y voz melosa
La dice, desde el aire, astutamente :
« *No vivas mas aquí.* Deja la Imágen.
« De tu familia labrarás la suerte ;
« El mundo te sonrie ; no resistas
« De tan grande ventura á la corriente. »
Huyó el genio del mal, y la Zagala
De hinojos puesta del altar en frente,
Júzgase indigna de velar la Imágen,
Por mas que con fervor lo prometiese.
El mundo se desploma sobre el seno

Que otro mundo creyó de paz por siempre ;
Y respira el dolor, cuyo ¡ ay ! agudo
Revela embriagador, aliento fuerte.
Agólpanse las lágrimas amargas
Que en tal angustia interminables vierte ;
Que un martirio es dejar su bella Imágen
Y un tormento fatal que no comprende.
Morir quiere llorando la Zagala,
Del amor sucumbir en los deberes,
Y su palabra, su promesa es santa,
Y ni olvidarla ni dejarla puede.
Desemblantada no dá tregua al llanto ;
De angustia inexplicable palidece ;
Siglos tarda la muerte por momentos
Y un momento despues muerta parece.

Que en tal meditacion, asaz de triste,
Un desmayo sintió, de cuyo golpe
Al suelo desplomada la cabeza
Dejó tendida sobre un seco roble.
(Sueño divino recorrió su mente.)
Aires de aromas por su frente corren,
Su seno virginal de amor palpita,
Y un dulce encanto, inexplicable goce,
Por sus cándidas venas se difunde,
Fermentando en su sien mil ilusiones.
Tiembla en su porvenir y se estremece ;
Circundan su alma débiles temores ;
Mas su amor desvanece los nublados
De los cándidos años que recorre.

Ya vuelta en sí, despavorida mira
En derredor, mas nadie vé ni oye.
De vez en cuando con sentido acento
Suspiros exhalando embriagadores,
Cruza las manos sobre el casto seno
Y al cielo eleva una mirada enorme.
Con éxtasis contemplan los nublados
Sus lánguidos ojuelos seductores,
La tristeza mas grande revelando
Sus hermosas bellísimas facciones,
Y en tal paraje solitario y triste
Su espíritu tal vez con Dios dispone.
¡ Desdichadas las horas que la esperan !
Cien volcanes su pecho abrasadores
Brotando ahogan los sollozos tiernos
Con que al amor de Dios fiel corresponde.
Y quejándose al fin de que no logra
La Virgen escuchar, exclama: « Óyeme.
 ¡ Cuán bella apareciste ante mis ojos,
O Madre de mi Dios, Reina del orbe ;
Y cuan triste me encuentro no escuchando
Tus peregrinas y sagradas voces !
Háblame un poco, por amor te ruego,
Que es fuego inmenso el que mi seno esconde ;
Tus ojos abrasaron toda mi alma,
Y yo muero por ti y tú no me oyes.
¿ Qué me sirve adorar tu fiel retrato,
Si el silencio á mis súplicas no rompe ?
Vén, Virgen mia ; vén, y yo á tu lado
Rebosaré en un mar de bendiciones.

Vén á ser Paraiso de mi dicha,
El agua de mi sed, el sol del orbe,
Que el momento primero de mi suerte
Emanó de tus altas perfecciones.
Yo no puedo olvidarte ; yo te adoro,
Por mas que verte, Madre fiel, no logre ;
Dueña ayer de escuchar vuestros acentos
Y hoy víctima de amor en este bosque :
Vén, y verás lo que por ti padezco,
Fluctuando en sacrificios de afecciones.
Torbellinos de ideas encontradas
Destrozándome están, ¿ no lo conoces ?
Y el recuerdo del bien que en ti he perdido,
Hace en mi frente los mas rudos choques.
Todo cuanto de bello me imagine
En pueblo ó yermo, en valle, en llano ó monte,
Cuadros son solo para mí de llanto
Y objetos de tristeza y turbaciones.
Oye, pues, ó Maria, mis suspiros ;
Escucha, Madre amante, mis amores :
Yo anhelo en sosegados ejercicios,
Mientras goce la luz que alumbra al orbe,
Vivir en compañía de tu Imágen
Tranquilos dias y serenas noches,
Sin que mi alma perturben, sumergida
En el mar de tus célicas facciones,
El Padre y los parientes que me buscan
Sin sosiego ni paz por estos montes.
Haced que desistiendo del empeño,
Me dejen junto á Vos por estos bosques,

Hasta que al Cielo empíreo el alma mia
Merezca alzarse al repetir tu Nombre. »

Volvió la Zagala bella
A gozar del casto amor,
Siguiendo la eterna huella
De la peregrina Estrella
Que confundió al tentador.

Y mientras esto decia
A su Madre venturosa,
Un Canonista subia
Casi al vislumbrarse el dia
A la mansion religiosa :

Allí encontró á la Pastora ;
Y cual Ministro en el suelo
De Jesus, por ella ora
Los ojos elevando al cielo
Al Dios á quien fiel adora.

Se alza luego humildemente
Y saluda á la Doncella
Con un cariño inocente ;
Ella contesta prudente,
Y él se sienta junto á ella.

Enterado el venerable
De tan santa ocupacion,
Y en ocasion favorable

Crejó un deber razonable
Prestarse á su direccion.

Y cual si fuera adivino
Del corazon, la decia
El mundano desatino;
Porque del cielo el camino
Está en la vírgen Maria.

Oigamos cuanto la dice
Con un entusiasmo ardiente,
Que tormentas la predice,
Y como fiel la bendice
Si vive cristianamente.

«Hay tal belleza en la virtud que encanta;
Y horrible al vicio por do quier se vé;
Dulce es la gracia : lo que el siglo canta,
Amargo y triste y desastroso es.

No te fascinen seductoras galas
Ni el mundo te captive tentador:
No te aficiones á él, tiende tus alas,
Fuera del mundo, á la region de Dios.

Cumple bien tus promesas de cristiana,
Desdeña á seductores con valor;
No empañes el albor de tu mañana,
Del alma no ennegrezcas el candor.

Conságrate á tu Dios desde pequeña,
Y no dilates ofrecerte á El ;
Esto la voz del corazon lo enseña,
Despues que apura en los deleites hiel.

Arda en tu corazon de Dios la hoguera,
Comienza á conocerle y á temer :
Pon en sus brazos tu existencia entera,
Saber salvar el alma es tu interés.

Dentro de ti reformarás tu vida ;
Del precipicio cautelosa huirás ;
Hazte en la soledad de Dios querida,
Gózate en Él con quien hablando estás.

Pide y recibirás ; estos consejos
De eterna vida manantiales son :
Algo sabemos los que somos viejos
De cuanto roba el mundo al corazon.

Fiel sirve á Dios y te dará su gloria ;
No te olvides de darle el corazon ;
¿ Qué objeto, como Dios, de tu memoria ?
Es el sublime pensamiento, Dios.

Tus pensamientos, tus anhelos todos
Dirige al Sumo Dios al despertar ;
Ámale ardiente con prudentes modos,
Llora tus yerros á su santa faz.

¿Qué hay de placer en esta vil morada
Del mundo, ó jóven, si se olvida á Dios?
Todo lo temporal es una nada
Con lo eterno al formar comparacion.

Modesta, penitenta, retirada
Del mundo, con tu Dios debes hablar ;
De esta vida caduca en la jornada
Hay desengaños y afliccion no más.

Por viles gozos y gentil boato
¿No es gran locura renunciar á Dios?
Y á un mundo caprichoso é insensato
¿Quien sino un loco ofrecerá su amor?

Deja que diga el mundo que le dejas ;
Que en la muerte gozosa te verás :
No hay Rey ni Reina en él libres de quejas,
¡ Y cuántos reyes al infierno van !...

Piérdase todo el mundo y sus riquezas,
Y sus grandezas y su vil placer ;
Un soplo de humo son esas noblezas,
Quien ame á Dios no se podrá perder.

Dícete el orbe : « Para tu alma existo ;
Todo para ella lo criara Dios :
Imágen suya es, y vino Cristo
A levantarla de su torpe error.

Sufrió en la cruz ignominiosa muerte
Para arrancar al alma el malestar ;
Diola El ejemplo en el sufrir, y advierte
Que la convida á recibir su Pan. »

No se burlen de ti los libertinos ;
Pide gracia al Señor y la obtendrás ;
Huye siempre tortuosos los caminos,
Y al fin dichoso para siempre irás.

Quédese el mundo con sus pompas y oro,
Con sus noblezas y con su placer ;
Solo en el cielo se posee un tesoro
Que el de la dicha inmarcesible es.

Si nadie sabe tu sentir privado,
No se le oculta á Dios, que bien te vé :
¿ No te avergüenza un poco tu pasado,
Ir sin respeto ante tu Dios tu fé ?

Sér te dió, y le ofendiste en pensamientos,
Sus gracias para bien trocando en mal ;
¡ Cuán ingratos é indignos los aceros
Que consagrarás á ilusion fatal !

« ¿ Qué vas á hacer ? » te dijo la conciencia ;
Mira que esa pasión te vá á perder ;
¿ Ingrata con tu Dios ? ¿ vender tu herencia ?
¿ No temes presa del infierno ser ? ...

No ames á un mundo que veloz camina,
Corriendo tras momentos de placer :
Estás en tierra estraña ; y peregrina
Sigue la pista para hallar el bien.

No te olvides del cielo ; de la muerte
No apartes la memoria ; fija el pié
En cual será tu postrimera suerte
En la última hora de tu sér.

Solo una vida virtuosa y santa
Logra una muerte, que se envidia al fin ;
Feliz quien penitente se quebranta ;
Del que viva á su antojo ; ay infeliz !...

Alegre el bueno al espirar recibe
Osculo santo que el Señor le dá ;
El malo triste al sucumbir percibe
Se le niega la entrada celestial.

Triste lazo de congojas y agonía
Que conturba y aterra al pecador ;
Alegre al justo tomará Maria
Para llevarle donde su Señor.

¡ Infeliz del que muere delincuente !
¡ Ay ! desde el lecho hasta el infierno vá :
La dicha de morir como inocente
No la consigue quien viviere mal.

Y goces que se aguaron al momento,
Verdugos en el juicio nos serán ;
Y airado Dios desde su firme asiento,
— Huid, malditos, de mi faz, dirá.

Ocupe el primer puesto en tu alma pura
El supremo Hacedor que sér te dió ;
¿ Por alhagos tal vez una criatura
Se ha de sentar donde le toca á Dios?...

Las Rosas del candor y las Princesas
Amaron al Supremo con fervor ;
Y obtuvieron de Cristo las promesas ;
Pedidlas, pues, su generoso amor.

Resuene ya en tu alma amor divino,
La suave voz que canta ; ó ceguedad !...
¿ A dónde vas?... ¿ qué intentas?... el camino
Que vá á la perdicion pisando estás.

No mas ultrajes á tu Dios piadoso,
Abre los ojos y contempla el bien ;
Torna á los brazos de tu Dios zeloso,
Y vuelve las espaldas á Luzbel.

Humíllate contrita al Dios del cielo,
Dile pecaste por falaz placer ;
Y que ya quieres detestar el suelo,
Romper del diablo la maldita red. »

Dijo ; y caminó á seguida,
Dejándola muy suspensa :
Y mientras en todo piensa,
¿ Qué pensar de su venida?...

3.^a

De entre lo mas espeso de las selvas
Hácia el Santuario con sus armas salen
Briosos dos hombres de gentil presencia
Con la espada cortando los jarales.
El uno un jóven rico ser demuestra,
El otro de escudero da señales,
Y uno y otro en su plática animosa
Dan su sentir á la region del aire.
— Detente ante el iman que tu alma guia,
Ante el norte detente que te atrae,
No atrevido te arrojes sobre el cuello
De esa paloma con pasiones de ángel.
No el Sagra en llamas de amor enciendas,
Que son los lances del amor fatales,
En brazos de la hermosa al encontraros,
Sin que ella pueda resistir tu ultraje.
¿ Tendrás valor ¡ó Conde! para oirla
Llenar de arrullos de dolor el aire?...
¿ Tierna llorando por vencer el ruego
Mas importuno del perdido amante?...
¿ No escuchais el suspiro de las brisas,
De las cascadas el murmullo grave,

Y el ruido eterno, interminable, alegre
De mil insectos y el trinar del ave?...

Pues son de amor los cánticos sublimes
Que elevan al Autor de las edades.

¿Porqué, pues, no la dejas en sus glorias?

— Loco de amor estoy ; Alio, dejadme.

¿Me he de ausentar sin merecer siquiera
Un ay de amor de su boquita de ángel?...

— Un negro abismo ante sus piés te espera.

— Causa será su ingratitude infame.

— Esa beldad ; ó Conde! va á arrastraros
A torpes goces y asquerosos males.

¿Porqué un Conde tan noble se envilece,
Por un placer que durará un instante,
En el amor de rústica Zagala,

De bastarda pasión haciendo alarde?

Si en las lides tu pecho es piedra dura,

Y no tiembla esa entraña de diamante ;

¿Cómo hoy tan blando al pié de esta montaña?

Conde ¿así pierdes tu honradez brillante,

Tu proverbial bravura?... Una Zagala

¿Así enloquece tu razon?...

— Hice antes

Mal en decirte mi interior, y abusas

Del noble corazon que en mi alma late.

— ¿Os enoja, Señor, que así me exprese?...

Villano fuera al no decir verdades

El ayo al Condesito, y del peligro

Con tiempo y con razones apartarle.

— No soy tan niño ya : mas la hechicera

¿Cómo no habrá podido fascinarme,
Si es todo de hermosura un real portento,
Un tesoro de amor su rostro de ángel?...
— ¿Y asesino seréis de su hermosura?...
¿No es indigno de un Conde rebajarse
A hablar con la Zagala?

— Su hermosura

Todo lo suple, señor Ayo, y baste.

— Todo el amor lo allana.

— Bien has dicho.

— ¿De su familia algun baldon se sabe?...

— De pobre origen son, mas son honrados;

Y á costa de sudor vive su padre.

Mas yo la haré feliz, si ella me quiere,

Y mi palacio les dará hospedaje.

— Repórtate con ella como un Conde

Que no quiere tiznar sus armas reales.

Mas jamás haréis bien robando á su alma

Su fé, su calma, su fervor constante.

Orando está; dejadla...

— Auria querida,

Aquí me tienes otra vez...

—(¿Qué infame!)

Auria pasmada y afligida llora,
Y á resolver no acierta en el instante:
Al cielo piden luz sus turbios ojos,
Fuerzas su corazon á aquella Imágen,
Y á exclamar comenzó tras el silencio
Que cambia un corazon en casos tales.

Léjos, léjos de mí ; Conde, no vuelvas,
Por Dios y por la Vírgen, á robarme
La paz que antes tenia ; y el sosiego
Vuélveme, que he perdido, al escucharte.
—¿Quién puede ante tus ojos hechiceros
Resistir la pasion, y no lanzarse
En tus largas madejas de oro puro
Que tus sienes adornan á enredarse?...
¡ Ah ! tu gracioso y virginal contorno,
Tu pié nevado descubierto al aire,
Y esas preciosas nacaradas manos,
Y ese tu aliento que fragancia esparce,
Y ese túrgido seno, y ese cuello
Y esas mejillas que de leche y sangre
Revientan de placer, bullir se miran
Con la sonrisa que tu boca de ángel
Deja escapar con cándida inocencia
Entre tus labios de coral... Dejadme
Beber en esos ojos mil delicias,
Permíteme un abrazo no mas darte,
Que el alma se me sale por los ojos,
O al menos no me prives contemplarte.
Quisiera ; ay Auria ! ya que no mi esposa,
Que al menos en mi techo te albergares ;
Allí podrás vivir como prefieras,
Sin que te estorbe para nada nadie.
Allí puedes orar sola si quieres ;
Allí puedes servir á Dios ; y á padres
Proporcionar sustento, que no sea
Tan gravoso á su edad y sus achaques.

— Gracias, Conde, por todo : sus deseos
No pueden ser cumplidos por mi parte.
Mi promesa es sagrada, y no hallo justo
Faltar por Vos á mi celeste Madre.

— ¡Qué ingrata estás conmigo!

— Vos ¿qué hariais,

Si en caso igual al mio os encontraseis?

Si habiendo dado juramento firme

Con hija del Monarca de enlazarte,

Tal pacto por Zagala lugareña

Rompieseis imprudente ó le quebraseis,

Faltando á la palabra mas solemne?...

— Todo el amor lo vence ; y de casarse

Pretextos especiosos no faltaran :

Una intriga pudiera que bastase.

— Pero para con Dios y con la Virgen

No hay intriga y pretexto, ¿ no lo sabe?...

— Lo sé ; mas hay dispensa para el voto.

— No le hice yo con condicion tan suave

Que dispensarse pueda...

— En Roma todo

Se dispensa, Zagala.

— No es probable

Que así siempre suceda.

— No lo dudes.

— Lo dudo ; y yo no quiero dispensarme.

— Pues bien, quédate en paz ; de ti me ausento

Para siempre tal vez. ¡ Cuán inconstante

Es la suerte del hombre que idolatra !...

Almas mil para amar no creí bastantes,

Y me desdeña la que adoro ciego :
¡ Desgraciado de mí que me olvidaste !
Tus palabras cayeron en mi seno
Como la lava que un volcan esparce,
Y mi alma jóven se bañó de amores
En los dulces risueños manantiales.
Mi gloria ha de ser siempre hacer tu dicha ;
Mi gloria he de cifrar en no olvidarte,
Mi gloria en ti...

— Callad, dejadme, Conde,
Yo no quiero mas gloria que esta Imágen.



EL RECUERDO DEL SEDUCTOR.

Ora con fe y amor: mas anublada
Pensar prefiere la razon al yerro ;
Vaga la mente en la oracion inquieta,
Del seductor se agolpan los recuerdos,
Y apura el cáliz del amargo acíbar
Que lleno le dejó su amante bello.
Su tumba mira en la pasada noche,
Víctima de la cólera del cielo,
Deshojadas sus bellas ilusiones,
Embebida en tan dulces pensamientos.
Cerca su vida la extension ; y llora
Su malogrado amante sin consuelo ;
Y al Empíreo elevando una plegaria,
Sus manos impacientes retorciendo,
« Arráncame del valle de los llantos,
(A exclamar comenzó) que es mi deseo :
Dad á mi corazon alas de amores,
Y sacuda mi espíritu al momento
De esta materia corruptible ; muera
Perdida en el océano del duelo.
En vano ¡ ó Dios ! te elevo mis plegarias,
Si no sé lo que digo ; mis lamentos
Vuelan solo hácia el Conde, que me adora,
Y que arrastra hácia sí mis pensamientos.

Verdes colinas y escarpadas crestas,
Bosques sombríos y gigantes leños,
Arroyos de cristal que despeñados
Bajais formando aterrador concierto,
Sed testigos de amor, de mis angustias
Y de la pena que por él padezco.
El viento me arrebate de la muerte ;
Pendiente mi alma de sus ojos tengo,
Y por él siento el corazon prensado,
Y á olvidarle en mis súplicas no acierto.
Lloraré los rigores del destino,
Trizas mi corazon de fuego haciendo,
Al través de ese oriente de delicias
Que supe dibujar en mi cerebro.
Fantasma seductor, no me atormentes,
No amargues mas mi corazon inquieto ;
Exaltaste mi quieta fantasía,
Robásteme la paz de mi silencio,
Y un volcan encendiste en mis entrañas,
Y me robas á mas los pensamientos,
Y hasta me olvidas de mi dulce Imágen,
Y ya á rogarla con fervor no acierto.»

É inclinó su cabeza peregrina,
Al sondear tan singulares yerros,
Y su semblante, cual piñon de perlas
Relado por sus fúlgidos cabellos,
Reclinó en los umbrales de la puerta
Toda hecha un mar de inconsolable duelo.

EL ENCUENTRO.

En lugar de las brisas aromosas
Airado ruge el huracan soberbio,
Y en las selvas los árboles se tronchan
Y en pardas nubes se reboza el cielo.
Los trinos de las aves de las selvas
Responden en sus frondas, y los truenos
Retumban en las hórridas alturas,
Gotas muy gruesas por do quier cerniendo.
Mil súbitos y pálidos relámpagos
El tenebroso manto recorriendo,
La suficiente luz van destellando
Para ver el horror de nuestro suelo.
Brama la tempestad, y la tormenta
Parece aniquilar el Universo,
En tumbos derramándose sañuda
Y haciendo hincharse los arroyos luego.
Tímida mas que nunca la Pastora
De aves nocturnas al cantar siniestro
Y al furor de la rígida tormenta,
Medrosa vuelve á refugiarse al templo.
Y de hinojos culpándose, decreta
En tal conflicto sucumbir del cielo
Al azote tremendo que la amaga,
Por haber sido infiel al primer Dueño.

Besa la tierra que sus ojos riegan,
Sus lindas manos el latente pecho
Oprimen, cancelando los latidos
Que la destrozan con valiente empeño.
Se percibe el ahullido prolongado
De los lobos carnívoros ; y el cielo
Se rasga, y rayos de las pardas nubes
Rápidos culebrean por los vientos.
Ni osa mover sus temerosos labios,
Ni alza la vista á la que está pidiendo,
Y llora su desvío confundida,
Prometiendo ser fiel al alto cielo.
Corrió por fin la tempestad tronando,
Y quedó en calma el solitario templo
Contra quien se estrellaba la borrasca
Con saña fiera y retumbantes ecos.
Entonces Auria, protegida al verse
De su Imágen bendita, exclamó al cielo :
« Yo te amo, sin pesar, con toda mi alma :
Por vuestro amor hasta pisar me dejo ;
Y mi ardiente pasion, irresistible,
Por instantes en Vos irá creciendo :
Yo me consagro á reparar mis faltas ;
Mi crimen con dolor iré sufriendo,
Y el castigo de mis credulidades
Por vuestra mano, sin piedad, espero. »

Así tras de la dicha que creia
Embellecer debiera los momentos
De esta vida fugaz sobre la tierra,
Con dulcísima voz y suave acento

La primera ilusion de sus amores
Miró desvanecerse, oyendo el trueno
De las hórridas nubes, que al instante
La despejada tarde ennegrecieron.
Creyó rendir su vida; vió la muerte;
Creyó para ella el mundo un cementerio,
Los árboles y troncos los cipreses,
Y el canto de las aves un concierto
Fúnebre y melancólico á su oido;
Los arroyos de lágrimas el duelo,
Los rayos las antorchas funerarias,
Lápida el risco, panteon el cerro.

Se nos despidе el sol al occidente,
Recibe Peña-Sagra sus destellos,
Y en suspiros bendice Auria su Imágen,
La alegría y la paz tornando al pecho.

Medrosa viene la noche,
Y allá suspira en los riscos
El aquilon mas sañudo
Y acá resuenan sus silbos.
Auria suspira á la puerta
Del Santuario; é hilo á hilo
Lágrimas derrama puras
Al compás de su ejercicio.
Vuelve disfrazado el Conde
Con cayado y con pellico,
Y acercándose la dice
Con disimulo fingido:

« Buenas noches te dé el cielo
Y la Reina del Empíreo :
Dios me ha inspirado, sin duda,
Que venga á darte un aviso ;
Escúchame, pues, un poco,
Que, vive Dios, te es preciso,
Si has de vivir ignorada
De esta ladera en los riscos.
Tu nombre tanto la fama
Por do quier tiene estendido
Con cualidades de hermosa
Y modesto prototipo,
Que muchos no con fin santo,
De tu beldad atraídos,
Te buscan ; y es bueno sepas
Escudarte de peligros.
Tambien te busca (y es jóven
Caballero) el Condesito
Ordoño Genon, Señor
Del Lebanense recinto.
Este, me han dicho, te quiere
Como á su corazon mismo :
Y volverte á ver desea,
No sé yo con qué motivo,
Aunque será muy honesto,
Nuestro venerable Obispo.
Mas nadie sabe de ti,
Y hacen todos dos mil juicios :
Quien te cree ya en el cielo,
Y quien que perdiste el juicio

Y en la soledad te alegras.
Sé te buscan libertinos,
Mientras tu Padre te llora
Y de Aniezo los vecinos.
Algo mas yo te dijera ;
Pero aquí me pasa el frio :
Yo te ofrezco mi cabaña,
Donde podrias conmigo
Vivir. ¿Rechazas mi oferta?...
¿Dudas de mí?...

— Un laberinto

De dudas bulle en mis sienas,
Y á resolverme no atino.
No puedo aceptar ; no digas
A ninguno donde vivo :
Te agradezco el buen deseo,
Y gracias por tal aviso.
Si tu dictámen siguiera,
Viniérame otro conflicto ;
Que el hombre querrá muy pronto
Corresponda á sus caprichos ;
Y quien la ocasion evita,
Tambien evita el martirio.
— ¿Así, Pastora, discurrees
Y recelas de mis dichos?...
Yo te hablo sinceramente,
Y solo á tu dicha aspiro.
Porque si al aire te vieran
Esas trenzas de oro fino,
Si divisaran tu frente

Como los Campos Elíseos,
Si de tus hermosos ojos
El mas refulgente brillo,
Si tus mejillas de rosa,
Si tus labios purpurinos,
Si de tu boca las perlas,
Y tu cuello alabastrino,
Y tus dedos de marfil,
Y tus piés de nácar fino,
A mil pasiones tenaces
Dieran, sin querer, principio,
Y envidiosos los donceles
Por conquistarse tu hechizo,
Hubiera lides sangrientas
Y surgirían conflictos
Muy graves; y fueras causa
De tamaños desatinos;
Y á no revelarte un ángel
Que Dios te da Esposo digno,
Debes...

— Callad, que recuerdo
De una voz ronca el aviso,
Y lo mismo que me indicas
Hace dos noches me dijo.
— Y si un ángel te dijera
Te has de casar por lo mismo,
Que á tu Padre sin consuelo
Has dado al mas negro olvido,
Por seguir tu parecer,
Por un voto hecho al capricho;

Y no agradándole á Dios,
Te manda dejes los riscos
Donde anidas temeraria
Entre fieras, y con frios
Que se harán irresistibles
Con las nieblas y el granizo ;
Y entonces tú idolatrada
De ese bello Condesito,
Y á gusto de tus parientes,
Tambien dijera el Obispo
Puedes casarte, si quieres,
¿ Te casarias, hechizo?...
— ¡ Qué ideales tentadores
Me pintas ! ¡ con qué delirio !
¿ No ves que aun dado ese caso,
Callara mi propio juicio?...
— Muy prudente y muy modesta
Estás.

— El recato es brillo
Que á la mujer dá realce.
— Feliz quien case contigo.
— ¡ Ay ! ¿ quién viene?...
— Auria, tu padre.
— ¡ Virgen santa ! ¡ padre mio !...
— ¡ Hija !... ¿ porqué de mi lado
Huyes así?...
— Un gran motivo
Me obligó, sin darle cuenta.
Padre, si un voto es capricho

Perdonad á esta hija ingrata.

(Pero ¿mi voto, Dios mio?...)

— Creia yo para siempre

No volverte á ver.»

Y unidos

Abrazándose lloraban,

Ahogándose en sus suspiros.



FUNDACION DE SANTA MARIA DE PIASCA.

Año 889.

Salud, ó siglo nono,
De Religion fecundo,
Que odiar haces del mundo
La falsa vanidad :
De Nobles bellas hijas
Mas de unas treinta de ellas
Castísimas doncellas
Vivian en soledad.

Y en Liébana existian
En chozas albergadas,
Por ellas fabricadas,
Con una iglesia al pié,
Que Recaredo obispo
De Leon les consagrara,
Y en la que confirmara
Su profesion de fe.

Y en tan oculta estancia
Y en tan feliz recinto,
Sin ver el laberinto
Que encuentra la ilusion
De los fatales dias
De juventud ardiente,

A Dios, desde el presente,
Le dan el corazón.

Y odiando los jardines
De flores salpicados,
Y los silvestres prados
Cubiertos de verdor,
De los paternos lares
El techo abandonando,
Viéranlas ir entrando
En el jardín de Dios.

Que si jardín de flores
De perfumada esencia,
Allí fué su presencia
De Dios ante el altar ;
Allí vivían dichosas,
Mil himnos repitiendo,
La viva paz sintiendo
Ajena de pesar.

Allí entre oculta selva
Su iglesia engalanando,
Y á todas empapando
El místico fervor ;
Allí placer, ventura
Se aspira y paz sincera ;
Y al sitio, sin que quiera,
Se le profesa amor.

Feliz quien en él halla
La estancia de paz llena ;
Y á su razon serena
No turba el aquilon
De aquel tropel de ideas
Con visos alhagüenos,
Que solo son ensueños
O ilusos sueños son.

Feliz la que contenta
En solitario asilo,
El pecho trae tranquilo
Sin roedor pesar ;
Y siente una dulzura
Indefinible y santa,
Y no halla con su planta
Estorbos que apartar.

Feliz la que sus alas,
Sin dar del mundo al viento,
Al libre pensamiento
En su girar cortó ;
Feliz la que no piensa
Embellecer su vida,
Y á la inocencia unida
La juventud pasó.

Feliz la que desdeña
Palabras tentadoras
En las terribles horas

En que despierta amor ;
Feliz la que resiste
Las pláticas mas bellas,
Cuando se escapan ellas
Del labio seductor.

—
Feliz la que se olvida
Del tiempo ya pasado,
En el que idolatrado
Pasó su edad mejor ;
Feliz la que impaciencia
Por los placeres no halle ;
Mas ¡ ay ! de la que calle
Al soplo tentador.

Año 940.

Nubes doradas circundan
De Liébana á las doncellas,
Brillando en sus castas sienes
La luz de la inteligencia.
De sus candorosos senos,
Hidrópicos de inocencia,
Benéficos sentimientos
De santa pasion desplegan ;
Y al destello retocadas
De la celestial lumbrera,
En su corazon germinan
Virtudes en gran cosecha.
Y las jóvenes mas ricas,

Mas hermosas y discretas
Del sueño de hogares patrios
Cual de un letargo despiertan,
Y á la oscuridad se arrastran
De las intrincadas selvas
A pasar la triste vida
Como los Anacoretas ;
Y sin escuchar los ayes
Que en sus altas torres dejan,
Afanosos por ganarlas,
Lastimeros por perderlas,
Con sus ricos dotes corren
A sepultarse entre breñas,
Recibiendo de los hombres,
Al despedirse, la befa.
Luz celeste, esplendorosa,
Radiante mas que una estrella,
Aparece como guía
En la provincia de Liébana ;
Y á su resplandor, con ansia
Las jóvenes liebanesas,
En gracias de amor mecidas,
Desdeñando las finezas,
Divisaron un asilo
Do resistir las tormentas
De la tempestad del siglo
Noveno, que empieza apenas ;
Luz salvadora y riente,
Que consoladora empieza
Con tu soberano influjo

A desarrollar las tiernas
Virtudes con ese foco
Que solo al candor revela
La íntima pasión sagrada
Que le fascina y le quema.
¿Quién en el mar de los goces
Extasiándose, pudiera
En este siglo turbado
Abrillantar su conciencia,
Corriendo al seguro puerto
De una soledad eterna,
Teniendo al cielo por techo
Y por palacio las selvas?
¿Quién sus años juveniles,
En cuyo fuego se crean
Mil torres imaginarias,
Sin vuestra guía pudiera
Sacrificar con pasiones,
Sepultando una belleza
Que el portento de su siglo
Se llamó por su modestia?
Ved como va á un antro oscuro
Por defender su inocencia;
Y con humildad pidiendo
A sus padres ciertas prendas
Para vivir necesarias
Entre los montes y selvas,
Humildemente se viste
La que ayer flotaba sedas,
Terciopelos y brocados

Con diamantes, oro y perlas ;
Y Dios la anima y bendice,
Y del noble hogar se aleja,
Dando un abrazo afectuoso
A toda la parentela.

Esta es una de las glorias
Que ostentar puede la Liébana,
Mostrando del fundamento
Hasta las primeras piedras
Del Monasterio de Piasca,
Cuyo templo aun se conserva.

Habitaron muchos años
En chozas por ellas hechas,
Hasta que la monja Eldura,
Rica, jóven y condesa,
(Era el año veinticuatro)
Construyó ya algunas celdas,
Siendo ya abadesa Eilo,
Pues Fila fué la primera
Que las atrajo al retiro
Con sus raras penitencias,
Y que se cree que goda
Sangre bullía en sus venas.

Ante esta se presentaron
Con duplicada modestia,
Practicando en compañía
Sus magnánimas proezas ;
Y al eco de sus plegarias,
Y al olor de sus grandezas,
Por Abadesa la eligen

Y la toman por Maestra.
Pero muere, y todas lloran
Tan religiosa Abadesa,
Y á Eilo, jóven muy noble,
Saba y Resincinda llegan,
Y por Prelada la nombran
Y el báculo la presentan ;
A cuyo improviso golpe
Opone gran resistencia
Entre el temor de sí misma,
Su humildad y tal sorpresa ;
Pero resistir no puede
El fin de la Providencia ;
Y firmaron la escritura
De direccion y obediencia
A Eilo como á Prelada,
En nuevecientos cuarenta,
Treinta y seis monjas ; que á fé
Que para principios era
Un número respetable,
Y mas si se vé en qué selvas,
Cuyos nombres poner quiero,
Sin robarles una letra.
Fila, Eilo, Resincinda,
Saba, Gontrona, Excemeña,
Eldura, Goto, Frunildi,
Teuderinda, Ponia, Serza,
Arbidia, Argilo, Manata,
Egilo, Gonto, Sunllewa,
Sendina, Justa, Extregoto,

Toderinda, Velasqueda,
Tregidia, Tarasia, Auria,
Teudildi, Remundi, Gueva,
Juxta y Velasquita fueron
De Pias-Casas las piedras ;
Del cual se llegó á decir,
En el año de setenta,
Que absorbia lo mas bello,
Mas noble y rico de Liébana.
Y fué así, que años pasados
La mas bella Zagaleja,
Que á la Madre del Mesías
Ver y escuchar mereciera,
Estando su hato guardando
Del Sagra por las laderas,
Odiando cuantos honores,
Cuantos bienes y riquezas
En este bello país
Del Conde obtener quisiera,
Suplicó á su anciano Padre,
Que, por Dios, la permitiera
Ir á vivir á Piasca
Con otras santas doncellas
Que sabe en aquellos bosques
Hacen raras penitencias ;
Porque así la convenia,
Ya que asequible no la era
(Segun la dijo el Prelado,
Y un Varon de grande ciencia)

Guardar la bendita Imágen
De Peña-Sagra en las crestas
Por las nieves del invierno
Y por temor de las fieras,
Y que con tan santo objeto
El Prelado prometiera,
Si lo hacia, dar á Piasca
Una dádiva muy buena.
Mas el pobre padre anciano,
Que otra ocasion como aquella
No esperaba ver, por rara,
Pudiendo Auria ser Condesa,
Una Esposa nada menos
Que del Conde de Lebeña,
La que ayer era Zagala
Del Sagra en la cordillera,
Lloraba para ganarla
Y gemia por perderla,
Y Auria halló por algun tiempo
Paternal la resistencia;
Mas, amonestado el Padre
Por personas muy discretas,
Que era sin duda de Dios
La voluntad mas expresa
Que Auria nunca se casara,
Y que una santa muriera,
Contradecia sin duda
El fin de la Providencia,
Puesto que ella lo pedia

Con el llanto y muy de veras.
Y en efecto, á pocos dias
Fué á entregarla á la Abadesa ;
Y queda en el claustro Auria
Bendecida y satisfecha.

«Fundó el conde D. Rodrigo Gonzalez Giron, en la provincia de Liébana, el Monasterio de Santa Maria de Piasca, que era señor de aquella tierra. Aquí tuvo el rey D. Alonso una hija que se llamó Sancha. Está enterrado en este Monasterio el Conde, y un escudo muy antiguo muestra ser suyo.» (Sandoval, tomo II, folio 162, página 2^a.)

Debe entenderse esta nota de Sandoval respecto á la tercera reedificacion ó mejora material del templo y claustro de Piasca, que fué en el siglo XIII.



LAS MONJAS.

Soledad!... régio camino
Que hasta el Empíreo se encumbra ;
¿ A quién tu faz no deslumbra,
O escuela de la virtud?...
Tus leyes son temor santo,
Humildad, candor, paciencia,
La modestia y la obediencia,
Constancia en llevar la cruz.

De *humildad* por el camino
Marchan las que buscan cielo ;
Miran son nada en el suelo,
Y nada piensan de sí.
Si tienen, lo han recibido ;
De su sér no se envanecen ;
Y así los humildes crecen,
Que Jesus lo enseñó así.

¿ Quién no *tiembla* al verse cieno
Con crímenes amasado ;
Ser el sér mas despreciado
Cuya vista causa horror?...

¿Qué merezco?... solo infierno ;
Pues de vivir soy indigno ;
Solo un Dios dulce y benigno
Me sufre, aguarda mi amor.

¿Dó fué mi *inocencia*? ; cielos !...
Con mancha salí á la vida ;
Pero que pronto perdida
La gracia de Dios miré :
¿ Cuán vil, cuán bajo y pequeño
Seré de Dios á los ojos !
Le ofendí por mis antojos,
É insensato le olvidé.

Padecer á Dios amando,
Es padecer con ventaja ;
Es dar al vicio de baja
Y en la virtud cimentar ;
Estrecha la via del cielo,
Goces del mundo no ansia ;
Junto á la cruz, ó Maria,
Te quiero siempre encontrar.

Vosotras, de Dios Esposas,
Como agua de riscos, puras :
No lleguen las desventuras
A turbar vuestra mansion ;
Y los claustros no humedezcan
Vuestras lágrimas de estima ;

Ni el infortunio comprima
Vuestro amante corazón.

Oh felices religiosas,
Del mundo sin experiencia,
Que encerrásteis la inocencia
Del claustro en la soledad ;
¿Quién os dijo que en el mundo
El vicio mérito alcanza,
Y se apaga la esperanza
De acabar la vida en paz?...

En vuestros rostros serenos
Y del traje en el decoro
Mostrais corazones de oro
De inmarcesible virtud ;
Y en amor santo encendidas
En apuesta vais al templo,
Donde envidioso os contemplo
Ante el cuerpo de Jesús.

Hablad de Dios con María,
Que abrazada con Jesús
Desclavado de la cruz,
Está pronta para oír.
Dadla, pues, algún consuelo
En medio de sus dolores ;
Rogad por los pecadores,
Que tanto la hacen sufrir.

Ángeles sois en el mundo,
Antorchas cristianas bellas,
Y de la gracia las huellas
Seguís en santa quietud ;
Y hallais en bella clausura,
Endulzando sus dolores,
Un Paraiso de amores,
Una eterna juventud.

Sí ; á sus solas en el coro
Entonan tiernos amores,
Y los sueños seductores
De otra vida sin pesar ;
Y se cansan y fatigan
Por llegar al fin dichoso,
Do las contemplo envidioso
Modelos de santidad.

Y olvidan, ciegas de amores,
La luz primera que vieron,
Y la torre en que nacieron,
Y el campo de su niñez ;
Y á sus alegres amigas,
A sus gratas diversiones
Y á las mil conversaciones
De inocencia y sencillez.

Pasan sus años floridos
En el claustro dulcemente,

Sin que arruguen de su frente
Los cuidados, el candor ;
Ni la sangre de sus venas
Corrompe la intemperancia,
Y suenan siempre en su estancia
Divinos himnos de amor.

Ninguna pasión funesta
Deprava los corazones,
Y se nota en sus acciones
De virtud un no sé qué ;
Que embelesan sus palabras,
De amor brotando centellas,
Y rara vez se ve entre ellas
Un rostro con palidez.

Allí gracias inefables
Desarrolla su inocencia,
Y en su verde adolescencia
Brilla lo mas noble, sí ;
Brillan sus frentes serenas
Y en sus labios la sonrisa,
Y aspiran la dulce brisa
De grato perfume allí.

Desnudadas de ambiciones
Célico placer gustaron,
Cuando allí se refugiaron
La virtud á conservar ;

Y nunca jamás sus senos
Las desgracias invadieron,
Y siempre alegres vivieron
Entre el espeso encinar.

De temple fresco agradable
Para ensueños celestiales,
Do las palmas inmortales
De la quietud y la paz
Hallaron entre dos lomas,
Un valle estrecho escondido
Han con placer elegido,
Modelo de soledad.

De los faustos descartadas,
Del falso mundo ofendidas,
A los celestes unidas
Sus vidas allí se ven ;
Y sin recordar riquezas,
Solo á la virtud aspiran,
Que en ella el retrato miran
De su Madre y de su Bien.

Y en la virtud progresando,
En santo amor se adelantan ;
Y hasta los Monjes se espantan
De tan encendido amor ;
Y en competencia se aplican
Penas no poco severas

Y penitencias austeras
Por agradarla mejor.

Allí léjos de los hombres
De Dios la grandeza admiran,
Y en soledad se retiran
Preparándose á morir ;
Piden á Dios fervorosas
Sus auxilios soberanos,
Y que á los Mahometanos
Haga España sucumbir.

Cuando el viento mueve el bosque,
Vuelan nubes por el cielo,
Y los insectos del suelo
Encantan la soledad,
Y trinan las avecillas,
Ensayando árias divinas,
Debajo de las encinas,
Contemplan la Eternidad.

Cuando contemplan las plantas
Con las lágrimas del alba,
El orbe su mente salva
Y recorre otra mansion ;
Y con el Rosario en mano
Invocan la Virgen pura ;
Y Ella llena de dulzura
Su amargado corazon.

Cuando por detrás del monte
Advierten brillar la aurora,
Inflamando bienhechora
El Oriente con su luz ;
De oro y rosa el bosque viendo,
Entusiasma sus sentidos,
Y alzan á Dios sus gemidos
De contento y gratitud.

Cuando el astro ya anunciado
Por hermosos resplandores,
Viene á matizar las flores
Hecho un abismo de luz ;
Al herir su primer rayo
En sus celdas solitarias,
De rodillas mil plegarias
A Dios alza su virtud.

Y desde el sol en oriente
Hasta el sol en el ocaso
No se da allí ningun paso
Sino en el amor de Dios ;
Y desde que las estrellas
Empieza á ostentar el cielo
Hasta el nuevo sol, su anhelo
Está en ponderar su amor.

Hijas fieles de Maria,
Que mirais sus amarguras,

No lleguen las desventuras
A turbar vuestra mansion ;
Y los claustros no humedezcan
Vuestras lágrimas de estima,
Ni el infortunio comprima
Vuestro amante corazón.

FIN.

ÍNDICE.

	PAG.
Invocacion..	3
Rápida descripcion del país de Liébana.	5
La tempestad.	7
La Zagala.	9
La bonanza.— El misterio.— La aparicion.	10
Val-de-Aniezo y la buena nueva..	23
El desconsuelo.	37
La confirmacion ó los testigos.	43
La alegría cristiana.	46
El hallazgo de la Imágen.	50
La procesion de la Virgen.	55
La consagracion del Santuario.	63
La despedida.	71
APÉNDICE.	75
La Solitaria.	77
Las tentaciones.	84
El recuerdo del seductor.	109
El encuentro.	111
Fundacion de Santa Maria de Piasca. — Año 889.	119
Año 940.	122
Las Monjas.	130

FIN DEL ÍNDICE.

ESICVA



